DOC SAVAGE

KENNETH ROBESON



Herencia diabólica

Kenneth Robeson
Doc Savage/92

CAPÍTULO I

LOS SECUESTRADORES

EL automóvil era muy largo, bajo de carrocería y veloz. Su conductor, casi tan ancho como alto, ocupaba la mayor parte del asiento delantero. Y el elegante sujeto que le acompañaba, iba estrujado contra la portezuela derecha.

El coche emergió de una calle transversal y penetró en la Quinta Avenida, casi arrancando los parachoques de otro coche que estaba parado cerca de la esquina.

En el rostro del achaparrado conductor dibujóse una sonrisa al contemplar la anchurosa avenida.

—¡Está desierta! —exclamó alborozado—. ¡Fíjate!

Era cierto En aquella avenida, la de mayor tránsito de Manhattan, no se veía un solo vehículo. Y sin embargo debiera estar imposible de tanto tránsito en esa hora de la mañana.

Al conductor aquello le pareció una cosa increíble.

Pisó el acelerador a fondo y el coche se deslizó, a toda velocidad, por el centro de la avenida.

El automóvil era un modelo abierto y el sujeto elegantemente vestido que iba sentado junto al conductor tuvo que agarrar su sombrero gris con una mano mientras con la otra asía un delgado bastón negro.

—¿Quieres que nos rompamos la crisma? —gritó iracundo.

EL conductor estaba preocupado.

—¡No olvides —replicó—, que debemos encontrarnos con Doc —Consultando su reloj, añadió:— Llevamos diez minutos de retraso.

Un agente de tránsito desde el centro de la avenida agitó una mano.

El conductor moderó la marcha, pero no paró; pasó velozmente

el cruce.

El elegante compañero del conductor mugió:

—¡Ese agente te hizo señal de parar!

—¡Que se vaya al diablo! —gritó el conductor—. El disco verde indica paso libre, según las ordenanzas. ¿A santo de qué había de parar?

En la esquina siguiente la luz del disco también era verde, otro policía agitó un brazo ordenando al conductor que parase.

Tampoco ahora obedeció éste: continuó su vertiginosa marcha.

Más adelante, las luces eran también verdes.

A pesar de ello en todas las esquinas había el agente de tránsito que intentaba hacer parar al coche.

El hombre del bastón se ahogaba de rabia. Dirigiendo una mirada homicida al conductor, chilló:

—¡Esos agentes nos quieren parar! ¡Es extraño que no haya tránsito!

—¡Mucho mejor! —repuso el chaparroso conductor—. ¡Qué suerte! ¡Tenemos toda la calle para nosotros! Y...

De pronto contuvo el aliento, alarmado. Su compañero también se sobresaltó.

—¡Mira! —exclamó.

En el cruce de la calle Cincuenta y nueve, un grupo de agentes de tránsito formaban una infranqueable barrera, de acera a acera, interceptando el paso.

Por fuerza había que parar, si no quería atropellar a alguno de los agentes.

Uno de éstos lucía galones —era un sargento— y dirigió una mirada amenazadora al conductor.

—¿No sabe leer? —rugió.

—¿Leer? —preguntó el interpelado—. ¿Leer, qué?...

—¡Las señales, idiota! —explicó el policía.

Agitando un brazo, indicó los carteles atados a los faroles.

Las señales decían:

"Prohibido el estacionamiento en esta manzana"

—¿Qué dice? —tronó el sargento.

—¿Qué digo? —replicó el conductor.

Su compañero le hurgó las costillas, al tiempo que le susurraba:

—¡Calla, estúpido!

—¡Saque de la Avenida ese cacharro! —aulló el sargento—. Hay un desfile, y la Avenida ha de quedar despejada de tránsito. ¡Lárguese inmediatamente!

Iba a girar hacia la derecha, pero el sargento le ordenó que lo hiciese hacia la izquierda. El conductor encogiéndose de hombros, obedeció las instrucciones.

Pero cuando se retiraba, preguntó a su elegante compañero:

—¿Qué hacemos? Tenemos que encontrarnos con Doc en ese edificio de la Avenida.

—Baja por Madison y estaciona cerca de la Cuarenta y Ocho. Probablemente tendremos que caminar.

—Y llegaremos tarde —añadió el conductor, preocupado.

A ambos lados de la calle, que conducía a la Quinta Avenida, había docenas de agentes de tránsito.

—¡Parece que todos les agentes de Nueva York están de servicio para este desfile! —rezongó el conductor—. ¿Que será?

—Ahora recuerdo —dijo su compañero—. Sólo que me imaginaba que se celebraba en Broadway. Se trata de un desfile en honor de cierto sujeto que ha volado alrededor del mundo. Los que trabajan en esta zona de Nueva York hacen fiesta.

El conductor intentaba doblar en todas las esquinas que conducían a la Quinta Avenida.

Pero al instante un ejército de policías le salía al encuentro ordenándole que siguiera adelante.

En la calle Cuarenta y ocho encontró un sitio para estacionar su coche.

—Vamos —dijo.

—Vamos —repitió su elegante compañero.

Los dos hombres saltaron a tierra.. Formaban una extraña pareja y los transeúntes les miraban, con curiosidad.

Uno era esbelto, de cintura tan delgada como una avispa. Vestía traje de mañana, que sin duda salió de una de las mejores sastrerías de Nueva York.

Parecía un figurín. Llevaba el bastón de caña negra y fina, un bastón-estoque. Tenía la nariz larga, los ojos brillantes, boca grande y labios fáciles de orador.

En cambio, su compañero, el conductor, era grueso y achaparrado. Parecía ser el sucesor inmediato de un gorila, y como

un gorila caminaba. Las enormes manos velludas le colgaban hasta más abajo de las rodillas.

Sus ojos, pequeñísimos y hundidos, semejaban brillantes estrellas incrustadas, muy hondo, en un cartílago. Tenía la piel cubierta de una capa de vello, sólo ligeramente más suave que el de alambre de púas.

Una de sus orejas —estaba agujereada como para llevar pendientes, con la diferencia de que la perforación tenía el tamaño de un agujero abierto por una bala de rifle.

Los dos amigos discutían acaloradamente mientras se aproximaban a la Quinta Avenida.

—¡Oso peludo! —gritaba el dandy, asiendo con ambas manos el bastón de caña negra y fina, pues pretendía, por lo visto, agredir a su simiesco compañero—. ¡Frustrado orangután! ¡Bala perdida!

—¡Picapleitos del demonio! —chillaba el conductor, con su vocecilla débil y dulce, en contraste con su cuerpo de simio.

—¡Engendro de la Naturaleza! —vociferaba estentóreamente el abogado—. ¡No debiste abandonar la jungla!

Monk iba a replicar airadamente, pero se contuvo: las aceras estaban atestadas de gente y había que abrirse paso.

Los escaparates estaban protegidos para evitar que la gente los rompiera cuando pasase el desfile. Imperturbable, el peludo conductor abrióse paso a codazos entre la multitud. Y por el hueco que él abría, seguíale su compañero.

Pero, al aproximarse al bordillo, les fue más difícil avanzar. La gente les daba fuertes empujones.

—¡Hum! —gruñó el peludo conductor a su compañero—. ¿Quieres hacer el favor de no pisarme?

Su elegante compañero encogióse de hombros.

—Probaré —prometió—. Pero este paseo resulta pesado.

Esto reanudó la acalorada discusión.

—¿Cuándo dejarás de hacer chistes estúpidos? —le increpó el simiesco conductor.

—Me adapto a la compañía, Monk —repuso el dandy.

El peludo Monk quiso asestar un puñetazo a su compañero, y por poco derriba a un espectador.

Procedente del fondo de la Avenida, no muy lejos, oíanse ya los acordes de la banda, y el paso tumultuoso de los hombres que

desfilaban.

EL espectador, a quien por poco derribara Monk, protestó violentamente, y Monk le dio un fuerte empujón.

Ham intervino para apaciguar los ánimos, acallando las frases de amenaza y maldiciones.

Inmediatamente acudieron al lugar del tumulto varios policías que asieron del brazo al peludo Monk.

—¡Hey! —gritó un agente—. ¡Atrás! ¡No puede usted salir de la acera!

Monk le dirigió una mirada colérica.

—¡Tenemos que cruzar! —chilló—. ¡Un amigo nos espera al otro lado!

Uno de los policías le miró con asombro.

—¡Qué gracioso! —exclamó. Y le amonestó, ordenando:— Nadie puede cruzar.

Monk intentó pasar por el lado del agente que le había amonestado; más, de pronto, detúvose en seco, sorprendido.

A lo largo del bordillo había alineados docenas de agentes, uno junto a otro.

Era imposible pasar.

Monk gruñó malhumorado:

—¡Ya es tarde! Probablemente Doc nos está esperando.

Pero el hombre del traje marrón no aguardaba: dirigíase al piso doce del edificio de oficinas.

El ascensorista dio un respingo al verle entrar en la jaula. Era un gigante de líneas bien proporcionadas. El rostro, de amplia frente, nariz recta y boca firme, denotaba una fuerza extraordinaria. Los tendones del cuello, semejantes a cables de acero, indicaban una fuerza hercúlea.

Salió del ascensor al llegar al piso doce; cruzó el pasillo y detúvose delante de una puerta donde, en letras doradas, leíase:

JAMES ADDISON Ingeniero

James Addison era, sin duda, el más famoso constructor de puentes de toda América, y tal vez del mundo entero. Era multimillonario.

Había sido él quien telefoneara a Doc Savage, rogándole que fuese a su oficina a las diez de la mañana de aquel día.

Doc Savage era el hombre del traje marrón. Tenía sus razones

para disfrazarse.

Con motivo del desfile, grandes multitudes desfilarían por la Quinta Avenida; corría, por esa circunstancia, el riesgo de ser reconocido por alguien.

Y a Doc le desagradaba la publicidad. Para evitar que le reconocieran, habíase puesto el traje marrón y una peluca negra.

Abrió la puerta y penetró en una espaciosa oficina, lujosamente amueblada.

El lugar parecía más bien un hall de Hotel que la entrada a un despacho.

No había nadie detrás del pupitre de la recepcionista.

Cruzó la amplia oficina, hacia la abierta puerta de una habitación contigua.

Detúvose en el umbral. En el interior, en esta antesala que era la oficina exterior, había dos o tres mesas evidentemente utilizadas por las taquimecanógrafas.

La habitación estaba desierta.

En ese momento, por las abiertas ventanas penetraban los acordes marciales de una banda de música.

Un tremendo alarido, lanzado por la multitud que llenaba las calles, apagó los acordes de las trompetas.

Sonó también un grito desde el pasillo que conducía a la oficina.

Doc Savage volvió al pasillo; vió a varios empleados y mecanógrafas asomadas en las ventanas. Mirando por encima de los hombros de éstos, había dos ascensoristas.

Parecía como si todo el mundo mirase el desfile. Hasta los ascensoristas se asomaban; al parecer, creían que, durante unos minutos, nadie requeriría un ascensor.

Doc Savage acercóse al grupo de mirones y se dirigió a una mujer de mediana edad, que él recordaba era la secretaria particular de James Addison.

Ella miraba en torno suyo cuando él se aproximaba, y dio un respingo al ver su gigantesca figura.

Llevando a la mujer a un lado, Doc dijo:

—Es usted la secretaria de James Addison, ¿verdad?

La mujer asintió con la cabeza.

—Mister Addison —siguió diciendo Doc,— me citó por teléfono para las diez de esta mañana.

La secretaria miróle asombrada.

—¡Imposible! —exclamó.

No había reconocido al hombre de bronce.

—Había dado cita a Clark Savage, júnior —explicó Doc.

Esta vez la secretaria lanzó una exclamación de asombro. Reconoció a Doc Savage.

—¡Eso es! —exclamó—. Me pareció extraño. ¡Usted es Doc Savage!

Doc asintió.

—Debe ser una equivocación —continuó la secretaria—. Míster Addison está fuera de Nueva York desde hace tres días, y no regresará hasta mañana. De haberle citado, yo lo sabría…

—Gracias —dijo Doc.

Y desapareció por el fondo del pasillo.

La secretaria le siguió con la mirada; luego, atraída por el ruido de la calle, volvió presurosa a la ventana.

Doc regresó a las oficinas de James Addison. Cruzó la sala de recepción y la antesala y asió el pomo de la puerta del despacho interior.

No estaba cerrada con llave. Entró.

Era una habitación amueblada con extraordinario lujo. Una maciza mesa de escritorio estaba en un rincón; detrás de ella no había nadie.

De pronto, el cuerpo de Doc Savage se tensó.

Era extraño que no hubiese tal cita. ¿Seria una emboscada?

Al girar sobre sus talones, se encontró con un hombretón que empuñaba una pistola. Oyó rumor de cuchicheo procedente del otro lado del despacho, y dio media vuelta rápida.

Dos hombres, que habían estado ocultos detrás de la mesa de escritorio, se habían incorporado.

Empuñaban sendas pistolas.

Otro individuo surgió de lo que parecía ser la puerta de un armario, situado a un lado del despacho. También éste encañonó a Doc Savage.

Reinó mortal silencio durante unos segundos.

Cerrando la puerta tras de sí, Doc había impedido que el ruido del desfile callejero llegase al despacho.

Un reloj tictaqueaba quedamente; era el único ruido que se oía.

Uno de los hombres que estaba detrás de la mesa, exclamó:

—¡Lo calculamos al minuto!

Indicó una puerta que había al otro lado del despacho, y que evidentemente conducía a un pasillo.

—¡Andando! —exclamó el jefe de la pandilla—. ¡No baje las manos! Y recuerde que, con el ruido de la calle, nadie oiría el estampido de un tiro.

Doc Savage había caído en la trampa.

Los cuatro pistoleros se situaron en lugares desde donde no pudiesen errar el tiro.

Le ordenaron salir al pasillo.

Frente a la puerta, a la vuelta de un recodo, había abierto, un espacioso montacargas.

Seguido de dos pistoleros, que le encañonaban por la espalda, Doc Savage penetró en la jaula.

Un quinto pistolero aguardaba dentro, y sonrió al entrar el hombre de bronce.

El ascensorista, atado y amordazado, yacía en el suelo de la jaula.

Inmediatamente cerráronse las puertas, y el quinto pistolero oprimió un botón.

El montacargas descendió en dirección al sótano.

Alguien dijo:

—¡Menudo secuestro!

Y otro añadió:

—¡Este personaje será una mina! ¡Menudo secuestro! —confirmó.

CAPÍTULO II

LA AMENAZA EXPLICADA

LA jaula del montacargas descendió lentamente. Era lo bastante espaciosa para que los cinco pistoleros estuviesen apartados de Doc Savage, y al mismo tiempo le pudiesen encañonar con sus armas.

—Fue una brillante idea la de atrapar a este hombre de bronce mientras pasaba el desfile —comentó uno de los bandidos.

Doc Savage seguía inmóvil con las manos en alto. Cosa extraña: no intentó escapar. Tenía sus motivos para comportarse así. Por el momento, ni Doc ni ninguno de sus ayudantes trabajaban en el esclarecimiento de ningún misterio, ni tenían confiado la solución de caso alguno.

El hombre de bronce no había recibido ninguna amenaza, ni siquiera de que iba a ser víctima de un secuestro.

La altura de la jaula del montacargas sería de unos dos metros y medio. Doc seguía con las manos en alto.

Nadie observó que lenta e imperceptiblemente, aumentaba de estatura, cosa que conseguía estirando los músculos de su cuerpo.

Esta habilidad de Doc Savage es cosa que todos podemos conseguir, con tiempo. En cotidiano entrenamiento, Doc Savage cuidaba de la flexibilidad de sus músculos.

La luz del techo del montacargas pendía por encima de sus manos y sus dedos tocaron la bombilla.

Sonó un ruido de cristales rotos y el montacargas quedó sumido en la oscuridad.

La pelea empezó.

Los cinco pistoleros habían estado encañonando a Doc Savage. Dos cayeron al suelo, lanzando gritos de espanto.

Los tres restantes avanzaron. Un pistolero topó con otro.

Comprendieron, entonces, sobresaltados, que existía el peligro de tirotearse entre ellos.

Mientras pensaban en tales riesgos, el hombre de bronce agarró con presa de acero a dos y, obligándoles a soltar las pistolas de las manos, hizo chocar la cabeza de uno contra la del otro.

Crujieron las cabezas y los dos pistoleros cayeron sin sentido.

Alguien gritó:

—¡Encended una luz! ¡Atrapad a Doc Savage!

Dos de los pistoleros llevaban lámparas de bolsillo, pero no pudieron encenderlas. Dos fuertes porrazos les derribaron y cayeron inconscientes por el suelo del montacargas.

El quinto bandido, el que se hallaba cerca del botón del aparato, creyó que una bala de cañón le había dado en la cabeza: topó con el acero de uno de los costados de la jaula y cayó privado de conocimiento.

EL montacargas prosiguió su descenso hasta el sótano, donde se detuvo automáticamente.

El hombre de bronce abrió las puertas, dejando entrar la luz.

Tres enmascarados estaban allí.

Empuñando sendas pistolas, encañonaron a Doc Savage antes de que éste pudiera moverse.

—¡Te dije que algo había ocurrido! —exclamó uno.

Mientras encañonaban a Doc Savage, uno de los tres enmascarados entró en el montacargas, y empezó a levantar a los inconscientes compinches, al tiempo que les asestaba fuertes bofetadas.

Mientras volvían en sí, refunfuñó:

—¡Idiotas! ¡Ya os advertí que este hombre de bronce era de cuidado! —Los pistoleros recogieron sus armas y, saliendo de la jaula, dirigieron miradas asesinas a Doc Savage, como dándole a entender que no les volvería a pillar desprevenidos.

Le ordenaron que se echase al suelo.

Se hallaban en un ancho pasillo que, al parecer, era para la entrada de las mercancias. Este pasillo partía de un espacio que había a la espalda del edificio.

Cerca de la puerta de salida, en un lugar de estacionamiento de camiones, un vigilante yacía inconsciente en el suelo.

Era fácil adivinar lo que había sucedido.

La banda de pistoleros había penetrado mientras los empleados del edificio estaban en la Quinta Avenida, viendo el desfile. Por el momento nada tenían que hacer en la entrada receptora de mercancías.

La calle lateral había quedado bloqueada temporalmente. No se permitía que los camiones entraran, hasta terminado el desfile.

Ataron las manos de Doc a su espalda. Luego le amarraron los pies, tobillos y piernas. Así quedó reducido a la impotencia.

Lleváronle en vilo por el pasillo al lugar de estacionamiento de los camiones, detrás del desierto sótano.

El vehículo que estaba estacionado allí era negro y cerrado, sin una sola ventanilla; idéntico al que suelen usar las empresas de pompas fúnebres para recoger los muertos.

Allí metieron a Doc Savage cerrando, luego, la puerta.

Era posible entrar en el interior del camión por la parte trasera del mismo.

Mientras el chófer conducía el vehículo, los otros subieron y entraron en la parte donde iba Doc Savage.

El camión salió de la calle transversal.

Paró un momento. Un agente habló al chófer, con el que cruzó unas palabras.

—Llevo un muerto, guardia —informó el chófer—. Un hombre murió repentinamente en el edificio Chalmers.

—No puede cruzar la avenida —advirtió el policía.

—Lo sé. Pero sí puedo volver a la Sexta Avenida.

—Muy bien. Pero vaya despacio. Hay mucha gente en la calle. Perfectamente.

EL camión reanudó la marcha.

Los pistoleros estaban agazapados en la oscuridad del interior del vehículo; junto al hombre de bronce.

Nadie decía una sola palabra que diese una idea del motivo del secuestro.

La oscuridad favorecía a Doc Savage, quien se movía cautelosamente.

De haberle visto habrían creído que el ligero movimiento de hombros de Doc era producido por los brincos del camión durante la marcha.

Doc Savage, tendido de lado, seguía atado de pies y manos.

Logró que cierta parte de su cuerpo tocase el suelo. Los saltos del camión aflojaron lo que, en el bolsillo del chaleco especial, Doc Savage llevaba debajo de la americana.

Los pistoleros fueron poco cautos cuando, al apresar al hombre de bronce, pasaron por alto el chaleco especial. En sus diversos bolsillos llevaba varios diminutos dispositivos, inventados por él.

De un bolsillo se deslizaron unas bolitas que rodaron por el suelo.

Inmediatamente Doc Savage rodó encima de ellas, y se rompieron en medio de pequeñas explosiones.

Una luz blanca y cegadora inundó el interior del vehículo Los pistoleros parpadearon, cegados, lanzando gritos de alarma para avisar al conductor.

Cada resplandor era producido por una pequeña cantidad de magnesio que había en el suelo.

Doc Savage rodó y metió las atadas manos en las diminutas llamas, que rápidamente quemaron las ligaduras.

Así libróse de las cuerdas que le aprisionaban las piernas y los tobillos.

Todo esto fue cuestión de segundos.

Doc, siempre alerta, tuvo los ojos cerrados cuando la luz cegadora inundó el interior del vehículo.

Y, mientras los pistoleros estaban cegados, se liberó.

Antes de que uno de ellos advirtiera lo que sucedía, ya Doc Savage se había incorporado. El individuo iba a gritar al tiempo que levantaba una pistola.

Pero Doc le asestó un formidable puñetazo, lanzándole contra los otros bandidos.

Los demás bandidos avanzaron hacia Doc.

El conductor, sobresaltado, abrió la puerta que daba acceso al interior del vehículo. Ciegos los ojos de tanta luz, dirigió frenéticamente la mirada hacia la calle.

Pero no podía ver.

Antes de recuperar el sentido de la vista, el camión se había lanzado sobre la acera, chocando con el escaparate de una tienda.

Los cristales, hechos añicos, cayeron sobre el coche y el pavimento. La gente chilló despavorida.

Sonó el silbato de un policía.

Los pistoleros abrieron las puertas traseras del vehículo para escapar.

Doc Savage vió entonces que el camión cruzaba Times Square, en dirección a North River. Un inmenso gentío ocupaba aquel lugar.

Los pistoleros se dispersaron en distintas direcciones y pronto desaparecieron entre la multitud.

Doc Savage había recogido un arma. No podía usarla sin riesgo de herir a alguno de los curiosos reunidos allí para presenciar el desfile.

Saltó del camión, pero le interceptaron el paso tres corpulentos agentes que acudían, corriendo, al lugar.

—¡Uy! ¿Qué es esto? —empezó a gritar un policía que empuñaba un revólver.

Doc Savage se quitó la peluca que le cubría la cabeza.

Un agente exclamó, sorprendido:

—¡Doc Savage!

Otro le miró, estupefacto; así como también los peatones que había en la acera.

Doc explicó lo sucedido. Dos policías abriéronse paso a través de la gente.

El tercero fue a telefonear a Jefatura.

Pronto varias patrullas convergían hacia el lugar del choque.

Doc Savage dijo:

—El conductor...

Y se acercó, corriendo, a la puerta delantera del vehículo.

Había huido.

Media hora después se comprobó que los pistoleros también habían escapado.

No era difícil en Times Square. Había entradas al metro, cine, hoteles, multitudes en las aceras: docenas de lugares donde ocultarse rápidamente.

Doc Savage logró escabullirse aprovechando momentos de excitación.

Telefoneó a la oficina de Matrículas de Vehículos rodados e inquirió acerca del número.

Le contestaron que el camión pertenecía a un buhonero de Flatbush. Ya lo sospechaba Doc. Habían robado la placa.

Regresó a su cuartel general, sito en un rascacielos.

Monk y Ham habían regresado y, como de costumbre, se habían enzarzado en una discusión acalorada. Rara vez hacían otra cosa.

Monk exhaló un suspiro de alivio.

—¡Doc! —exclamó con su aguda vocecilla—. Creíamos que te había ocurrido algo. Estuvimos esperando más de una hora en aquel edificio Chalmers.

El pulido y aristocrático Ham apartó rudamente a su peludo compañero.

—Monk quiere decir —explicó—, que preguntamos a los ascensoristas del edificio…

—Así es —corroboró Monk.

—¡No me interrumpas —exclamó Ham iracundo—. Uno recordaba haber subido al piso duodécimo a un caballero vestido como tú. Pero nadie recordaba haberle bajado. ¿Te ocurrió algo desagradable?

Doc Savage negó con la cabeza.

—No —contestó, echando a andar hacia una biblioteca que estaba contigua a la sala de recepción del cuartel general instalado en el piso ochenta y seis—. Salí del edificio por la parte trasera.

CAPÍTULO III

EL CONDE DE CHESTER

EL brigadier general. Por mal nombre Ham, uno de los más famosos jurisconsultos salidos de la Universidad de Harvard, y ayudante de Doc Savage, paseábase de un lado a otro de la biblioteca del cuartel general del hombre de bronce, cuando el peludo Monk regresó de su paseo matutino.

El elegante abogado tenía un sobre en la mano. Monk llevaba otra cosa entre las manos. Algo parecido a un cerdo, un animalito esmirriado, todo orejas, patas y hocico.

Era, en realidad, un cerdo, y le llamaban extrañamente, “Habeas Corpus”.

Era el animal favorito de Monk y motivo de constantes discusiones entre los dos ayudantes de Doc Savage. Una correa colgaba del cuello del animalejo.

Ham preguntó con aire ceñudo:

—¿Dónde diablos has estado? ¿De excursión por el campo? Hace horas que saliste, sin decir nada.

Monk sonrió y sus ojillos chispearon traviesamente. Nada le gustaba tanto como hacer rabiar a su compañero.

—"Habeas" tenía que hacer unas visitas de cumplido —explicó.

—Bien —dijo Ham en tono glacial—. Preguntaron por ti hace más de una hora.

—¿Quién?

—No lo sé.

Monk frunció el ceño.

—¿Por qué no preguntaste qué querían?

EL elegante abogado se sonrojó.

—Se lo pregunté —repuso, enojado—. No quisieron dejar

ningún recado.

Mostrando el sobre amarillo, agregó:

—Pero acaba de llegar esto. Sospecho que está relacionado con las llamadas telefónicas.

Entregó el sobre a Monk.

Era un telegrama.

Monk dejó el cerdito en el suelo y leyó el mensaje. Frunció el ceño pensativamente. A pesar de su simiesco aspecto y sus constantes payasadas, Monk era un individuo muy inteligente y uno de los más famosos químicos del mundo, hecho que su aspecto desmentía.

Parecía que Monk dormía siempre con las ropas puestas. El nombre y apellido del peludo químico era Andrew Blodgett Mayfair, pero nadie le llamaba por dicho nombre, pues Monk se enfurecía.

Monk miró a Ham y de nuevo volvió a leer el telegrama. Después exclamó:

—¡No lo creo!

—¿No crees qué? —interrogó el atildado abogado.

—Lo que dice este telegrama.

—¿Qué dice?

—Imagínate que soy un conde —informó Monk.

—Un... ¿qué?

—Parece ser —explicó finalmente Monk—, que he heredado cinco millones de dólares.

Ham le miró, estupefacto.

—Y —añadió el peludo químico—, un condado. Soy el conde de No-sé-qué...

Ham, aturdido, sentóse en una silla.

Monk tuvo la amabilidad de dejarle leer el telegrama.

Ham lo leyó varias veces.

Monk interpeló:

—¿Qué significa eso, picapleitos?

El peludo químico desconfiaba: tal vez era una broma de su compañero.

Pero el rostro de Ham estaba muy serio al decir:

—Un primo o pariente tuyo ha muerto en Inglaterra. Eres evidentemente un rico heredero: conde de Chester, de Essex y de

Cornwall La herencia te hace propietario de fincas valoradas en cinco millones de dólares, y también lord de Mayfair, Canadá.

Mencionó cierta localidad del dominio.

—El telegrama dice que te presentes en las oficinas de Mason, Smith y Mason, sitas en Wall Street y Broadway.

Monk seguía dudando.

—Llama a Long Tom y a Renny —dijo. Arrebató el telegrama de manos de su compañero y lo agitó en su cara—. ¡Voy a averiguar si se trata de una broma!

Los encontraron en el laboratorio. Monk entregó primeramente el telegrama a Renny.

El coronel Renny Johnny Renwick, era un gigante de rostro lúgubre y manos enormes; Ingeniero famoso y ayudante de Doc Savage.

Long Tom, el mayor Thomas J. Roberts, era el ingeniero electricista de la organización de Doc Savage. Hombre delgadísimo, de facciones cetrinas, daba la impresión de que no gozaba de muy buena salud; a pesar de ello, jamás había estado enfermo, ni un solo día en toda su vida. Peleaba como un gato montés a la primera ocasión. Tenía un genio de mil demonios.

El gigantón Renny pasó el telegrama a Long Tom, diciéndole con su retumbante voz:

—Mira. ¡Monk se nos ha convertido en un conde!

Renny miró al velludo químico y añadió:

—¡Hola, honorable conde de Chester y otras hierbas!

Monk gruñó entre dientes:

—¡Tonterías!

Long Tom leyó el mensaje y miró a sus compañeros.

—Apuesto a que se trata de una estafa —opinó. Long Tom era muy desconfiado—. Una de estas herencias ficticias para desplumar a los primos. Una Compañía escribe diciendo que uno ha heredado una cuantiosa fortuna. Luego informan que, para los primeros trámites y gastos de investigación, será necesario adelantar unos dólares. Luego… ¡adiós dinero! Esas Compañías de estafadores andan siempre buscando primos.

Monk refunfuñó:

—¿Quién es el primo?

—Tú —repuso Long Tom,— si te dejas enredar.

Ham intervino:

—Pero el mensaje procede de Mason; Smith y Mason son, probablemente, una de las firmas de abogados y procuradores más antiguas y solventes de América. No se dedican a negocios turbios.

—Repito que debe ser un engaño —insistió Long Tom.

Monk cogió el telegrama y echó a andar hacia el laboratorio.

—Voy a consultar a Doc —anunció.

Poco después el hombre de bronce volvía acompañado del simiesco Monk.

Doc leyó el mensaje. No se pudo advertir en su rostro lo que pensaba del telegrama, y finalmente sugirió:

—Podemos telefonear a Mason, Smith y Mason. Llamó personalmente a los abogados. Habló con el director de la firma y discutió el telegrama recibido por Monk.

Los compañeros esperaban impacientes mientras Doc Savage murmuraba de vez en cuando "sí" o "no", dirigiéndose al hombre que se hallaba al otro extremo del hilo.

Finalmente Doc colgó y, mirando a Monk, anunció:

—La herencia es cierta. Han depositado ya en el Banco cinco mil dólares en cuenta corriente para este asunto. Puedes echar mano de ese dinero para ir inmediatamente al Canadá. Eres el propietario de Mayfair, donde te espera una fortuna en fincas y otros bienes.

Monk continuaba escéptico.

Fue Ham, que había estudiado leyes en la Universidad de Harvard y que se cuidaba de todos los asuntos legales de la organización de Doc Savage, quien finalmente convenció al velludo químico ofreciéndose a acompañarle a las oficinas de Mason, Smith y Mason.

Ham tuvo dificultad para convencer a Monk de que no era conveniente llevarse al cerdito "Habeas".

La entrevista se celebró con el señor a quien Doc Savage hablara: Jonathan Mason, director de la firma. Míster Mason era un hombrecillo vivaracho de ojos negros y brillantes.

Extendió unos documentos ante Ham. Había recibido varios comunicados de Canadá. Ham los comprobó cuidadosamente. Jonathan Mason sacó de un cajón una fotografía, y la entregó a Ham.

—Me la enviaron de Inglaterra —dijo—. Aunque las propiedades

están en el Canadá, el tío de míster Mayfair, Chester Mayfair, falleció repentinamente en Inglaterra. Este retrato, sacado de su amigo en su tierna infancia, presenta un notable parecido.

AL entregar el retrato a Ham, sus ojos chispearon.

—Yo diría, por la foto —añadió,— que no puede haber duda.

Era el retrato de un muchacho de unos seis años. Parecía el de un mono joven vestido con pantalones cortos y blusa marinera. Aun a esa edad, el rostro tenía un notable parecido con el de Monk.

Ham sonrió:

—No cabe duda de que es él. No puede haber en el mundo dos caras como ésa.

Monk había estado mirando por encima del hombro de su compañero. De repente exclamó:

—¡Escucha, picapleitos fullero…!

Ham pisó con fuerza el pie de Monk al tiempo que le dirigía una mirada glacial.

Monk calló.

Acordaron los detalles finales. Entregaron a Monk un talonario de cheques.

Para su cuenta corriente, y el dinero había de usarse para los gastos de viaje a las posesiones de Mayfair, en el Canadá.

Mason explicó:

—Según las instrucciones que hemos recibido, debe usted partir inmediatamente. Allí ultimarán los detalles de la herencia que le será entregada. —Monk sonreía beatíficamente. Dio las gracias al director de la firma, y hasta se volvió hacia Ham para estrecharle la mano. Pero al instante retiró la suya, mirándole con furia.

Empezaron a despedirse.

Pero Mason dijo unas palabras a Ham.

—Oh, míster Brooks, quisiera decirle algo… Yo… es decir…

Ham se detuvo un momento, esperando.

Jonathan Mason siguió hablando.

—Pensaba… —balbució.

Indicó el traje a cuadritos, de confección, que llevaba Monk, su chaleco chillón y los zapatos de puntera cuadrada.

—El atuendo no está en consonancia —añadió,— con… la posición… de Su Señoría…

Ham asintió.

—Comprendo —murmuró—. Nos cuidaremos de eso inmediatamente.

En la calle, Ham abrió la marcha hacia la Quinta Avenida.

Monk protestó:

—¡Hey, un momento! Por aquí no vamos al Banco. Creía que íbamos a cobrar los cinco mil dólares.

Ham se mostró inflexible.

—Tenemos que ocuparnos de algo más importante —dijo.

La primera parada fue en una tienda, que no tenía escaparate ni dependientes que intentaran venderle géneros, y que jamás anunciaba en la prensa.

En realidad, se telefoneaba pidiendo hora para que le probasen a uno una cosa tan vulgar como una camisa. Pero Ham no necesitaba fijar hora: probablemente era el mejor cliente del establecimiento.

Y estas camisas no tenían nada de vulgar.

El dependiente dijo:

—Llevarán las iniciales de Su Señoría en satén azul. Puedo tener listas una docena mañana. El precio es tan sólo treinta y cinco dólares por camisa.

Parecía que el simiesco Monk había tragado alguna cosa muy desagradable.

—¡Solamente! —aulló—. Puedo comprar dos trajes por ese..

Ham le dio con el pie y sonrió cortésmente al dependiente.

—Hagan dos docenas —ordenó.

Cuando salían, Monk exhaló un suspiro de alivio.

—De todos modos —murmuró entre dientes,— me alegro de que no tenga que ser un conde todos los días de la semana.

Ham le miró, sorprendido.

—Todavía no has empezado —le advirtió—. Tendrás que comprar trajes, zapatos, corbatas, smokings...

Monk gimió.

—¿Para ser un conde? —inquirió.

—Naturalmente —confirmó Ham—. Vamos...

Pasaron delante del escaparate de una librería y Ham dijo:

—Espera un momento...

Monk rabiaba mientras aguardaba. Finalmente Ham salió con un grueso paquete.

—¿Qué es eso? —preguntó Monk.

—Después lo verás —prometió Ham.

Pero cuando bajaban por la Quinta Avenida, observó:

—Tus modales son abominables. Habrá que hacer algo al respecto.

Monk estaba receloso, pero no dijo nada, aunque trataba de adivinar qué se proponía Ham.

CAPÍTULO IV

MONK DESAPARECE, PERO VUELVE

EL ruido que salía del cuarto tocador parecía como si alguien hubiera atado una lata a la cola de un perro. Se volcó una silla, y se oyeron frases gruesas de las que no se encuentran en los diccionarios.

Monk salió del cuarto seguido del atildado Ham, y de Long Tom y Renny, que parecían estar preocupados.

Monk llevaba pantalones listados, americana de corte elegantísimo, chaleco color perla, y una flor en el ojal.

Arrancóse la flor que tiró al suelo y pisoteó con furia.

—¡Que me cuelguen si llevo eso en el ojal! —aulló—. Llevaré este traje ridículo, me pondré las camisas. ¡Pero no esa flor!

Ham suspiró cansadamente. Estaba exhausto. Encogióse de hombros.

—Muy bien —asintió.

Examinando la figura achaparrada del simiesco Monk, murmuró:

—No está mal. Pero si pudiésemos alterar sus facciones...

Monk se le abalanzó.

—¡Escucha, picapleitos fullero! —rugió—. ¡No creas que porque ahora sea un conde no pueda arrancarte las orejas!

Ham se dirigió apresuradamente a la biblioteca del cuartel general. Las palabras de Monk le habían recordado una cosa.

Poco después volvió con el paquete que comprara la tarde anterior en la librería. Depositólo encima de la mesa y rápidamente lo abrió.

Todos pudieron leer los titulares del grueso volumen: "Diez Mil Frases Correctas para otras tantas Ocasiones".

Monk miró recelosamente el titulo y luego a Ham.

—¡No lo leeré! —chilló.

Ham puso el volumen sobre la mesa, fue a una silla y se sentó. Long Tom y Renny le observaban.

—Muy bien —dijo el atildado abogado—. Olvidemos este asunto. Prescindamos de que se trata de cinco millones de dólares. Queríamos ayudarte, Monk.

Púsose en pie, volvió a la mesa y asestó un puñetazo al libro.

—¿Cómo saludarías si te presentasen a una dama, en el Canadá, en tu finca?

—¿Pero habrá mujeres? —preguntó Monk, alarmado.

Ham se estremeció.

—Señoras, dije —replicó—. ¿No comprendes que si el esposo tuvo un título, la esposa es "condesa", "vizcondesa", "marquesa", "duquesa" o "Su Señoría" Luego, para saludar, hay que añadir una frase, corta sí, pero cariñosa, cortés y bonita... Este libro está indicado para estos casos.

Después de lo dicho, Monk, bruscamente, sin decir una palabra, con cara lúgubre y sombría, cogió el volumen y salió de la habitación.

Los preparativos del viaje a la finca canadiense progresaron satisfactoriamente. AL día siguiente, todo estaba casi listo.

Ham, Renny y Long Tom terminaban de arreglar las maletas cuando Monk penetró en el cuarto.

El velludo químico llevaba a "Habeas", el cerdito, debajo de un brazo, y tenía en la otra mano su Tratado de Urbanidad: "Mil Frases Correctas".

Vestía pantalones bombachos y medias de golf, que le llegaban a las rodillas. Destacaban sus piernas cortas y musculosas. Llevaba chaqueta de deportista, color chocolate.

Long Tom hacía grandes esfuerzos para no troncharse de risa.

Renny exclamó con su voz retumbante:

—¡Por la vaca sagrada!

El simiesco químico aproximóse a Ham, hizo una profunda reverencia y dijo, con su vocecilla:

—Espero que Su Señoría disfrute placenteramente de Mayfair.

Monk exhaló un suspiro cuando, con los ojos en blanco, miró hacia el otro lado de donde se hallaba Ham.

—Desde el patio, la divina aurora siempre me recuerda aquellas

famosas líneas: "Como las lágrimas de una doncella, las gotas de rocío se adhieren a las frágiles hojas de la hierba".

Long Tom se enderezó, exclamando:

—¡Cielos! Señor, nunca me imaginé...

—¡Pues sí! —rugió Monk—. Eso dice la frase número novecientos treinta y cinco del libro. Esa es la cita...

—¿Sí? —resopló Renny—. ¿Bailamos baile siguiente?

Lanzando un resoplido de rabia, el peludo Monk tiró el grueso libro contra la pared, y se dirigió a la puerta.

"Habeas", el cerdito, salió precipitadamente del cuarto contiguo y echó a correr en pos de su dueño.

En la puerta, Monk volvióse y tronó:

—¡Idos al infierno!

Cosa extraña, Ham era el que más preocupado estaba.

En ocasiones, estos dos singulares individuos eran difíciles de comprender.

Por regla general, siempre estaban dispuestos a arremeterse. Pero si uno de ellos estaba en peligro o era objeto de una amenaza, el otro no regateaba prenda ni sacrificio para protegerle.

Renny, el ingeniero, y Long Tom, el mago de la electricidad, estaban con Ham.

Este dijo con aire preocupado: —Algo le ha ocurrido a Monk.

Los otros compañeros eran de la misma opinión.

Buscaron a Doc Savage. Desde hacia varios días, Doc estaba trabajando en el laboratorio del rascacielos.

—Podemos intentar un ardid para hacerle volver —dijo el hombre de bronce.

—¿Un ardid? —preguntó Ham.

Doc explicó:

—Si Monk creyera que alguien intenta arrebatarle la herencia, tal vez volviera.

Seguidamente telefoneó al director de un importante periódico. Y le dio un mensaje, que fue retransmitido a otros diarios. Cuando finalmente colgó, anunció:

—Los periódicos de la tarde traerán algo muy interesante.

Más tarde, Renny y los otros compraron la prensa. En los diversos rotativos y en la primera página, leyeron la siguiente noticia:

FAMOSO QUIMICO RECIBE UNA HERENCIA

"Nueva York, Agosto. —Andrew Blodgett Mayfair, el famoso químico y aventurero, acaba de recibir la noticia de que ha heredado un condado inglés, con numerosas propiedades en el Canadá, valoradas en unos cinco millones de dólares."

El artículo detallaba la herencia de Monk. Pero en la misma columna, poco más abajo, había un párrafo que decía: "Se han presentado varias personas para protestar contra la buena suerte de míster Mayfair. Como suele ocurrir en las herencias de importancia, no falta quien trate de demostrar su parentesco con..."

Los otros periódicos daban la noticia en términos semejantes.

Media hora después de haber salido a la calle las ediciones de la tarde, Monk entró como una tromba en el cuartel general.

Lo primero que dijo fue:

—¡Será mejor que nos pongamos en marcha!

Ham suspiró, aliviado.

Maletas y baúles estaban listos. Un aeroplano esperaba en el hangar de Doc Savage, situado en los muelles del río Hudson.

Preguntó Renny:

—¿Estás, pues, decidido a partir?

—¡Desde luego! —gritó Monk—. ¡Ningún pillo me despojaría de mi herencia!

—¡Así me gusta! —aprobó Ham.

Monk emitió un gruñido.

Doc les acompañó hasta el hangar.

Monk llevaba a "Habeas", el raquítico cerdito.

Su compañero Ham, tenía también un animalejo: un chimpancé que, cosa extraña, se parecía a Monk.

—Es tu hermano gemelo —habiale dicho muchas veces Ham.

Muchos creían que el abogado tenía al simio llamado "Química", pues, como sabemos, el velludo Monk era químico, sólo para hacer rabiar a Monk.

Sin embargo, Ham tenía mucho aprecio al animalejo, que era motivo de grandes peleas entre los dos ayudantes de Doc Savage.

En el hangar encontraron dos aviones en vez de uno.

Un hidroplano de alas plateadas, y otro, similar, más grande; éste era uno de los aparatos particulares del hombre de bronce.

Monk inquirió:

—¿No vienes con nosotros, Doc?

EL gigante de bronce negó con la cabeza.

Respondió:

—No es necesario. Pero si me necesitáis para algo, me encontraréis en la Fortaleza de la Soledad.

Los ayudantes asintieron con un movimiento de cabeza.

La Fortaleza de la Soledad era un extraño lugar de retiro, situado en el Círculo Ártico.

Allí solía retirarse el hombre de bronce para meditar cuando tenía que resolver un problema difícil.

Todos observaron que el avión de Doc Savage estaba bien aprovisionado y contenía varias cajas con diversos instrumentos y aparatos.

Long Tom comentó pensativamente:

—Es extraño. Doc nada nos había dicho de su proyectado viaje a la Fortaleza de la Soledad. Debe haberse decidido rápidamente a realizar este viaje.

Esto opinaban los ayudantes cuando, momentos después, partían rumbo al Canadá.

No sospecharon la verdad, porque Doc Savage no se dirigió al Norte.

Rápidamente se remontó y pronto desapareció en el horizonte.

Fue entonces cuando, trazando un circulo, regresó a Manhattan.

Monk y sus compañeros habían partido ya rumbo al Canadá, cuando Doc Savage divisó de nuevo Nueva York.

Pero localizó, por medio de un detector, el aparato de sus ayudantes.

Y luego le fue fácil seguir el sonido del motor.

Doc Savage se hallaría a unas diez millas de distancia de sus ayudantes.

Volaban en dirección a Albany. El sol se hundía en el Oeste y las montañas del otro lado de West Point arrojaban sus sombras sobre el río.

Fue por estos lugares donde el detector del hidroplano de Doc Savage comenzó a escupir y luego enmudeció.

Al cabo de un rato, empezó a oírse un sonido.

Era el motor de un aeroplano, el que Doc Savage había estado siguiendo.

Mas, al parecer, el motor de dicho aparato funcionaba defectuosamente. Sin duda por avería.

Doc había estado volando a velocidad de crucero. Dio gas para aumentar la velocidad del vuelo.

Momentos después, distinguió un puntito a la luz del crepúsculo: un aeroplano.

Este habíase desviado de la ruta del río, y se dirigía hacia el interior.

Doc Savage comprendió el motivo: el aeroplano perdía rápidamente altura y trazaba un circulo sobre un espacio abierto, que estaba rodeado de terrenos boscosos.

Allí, a un lado del espacio abierto, había lo que parecía ser una granja solitaria.

Si el aparato de Monk y sus compañeros sufría avería, aterrizarían en algún lugar escogido en vez de amarar, cosa que el aparato podía hacer, también, en el río.

En tierra era más fácil reparar.

El hombre de bronce dejó que su aparato descendiese en un largo planeo.

Comenzó a trazar un circulo alrededor del campo. El primer aparato había aterrizado.

La oscuridad obligó a que Doc Savage utilizara las luces de aterrizaje al posarse su hidroplano sobre el campo.

Necesitaba mucha pista donde aterrizar, debido a los árboles que rodeaban el campo.

Unos instantes después saltaba del aeroplano y cruzaba, corriendo, el campo en dirección al avión de sus ayudantes.

Habría recorrido unos cien metros cuando varios hombres surgieron de la oscuridad.

Habían estado agazapados en el suelo; sus ropas negras les confundían con las tinieblas.

¡Era una trampa!

CAPÍTULO V

EL SIMIESCO MONK

DOC Savage tenía declarada guerra sin cuartel a todo malhechor.

Estos le temían y odiaban a muerte. Por esto la vida de Doc Savage había estado muchas veces en peligro.

Contra su vida atentaron en muchas ocasiones los bandidos.

Pero, esta vez, pronto se descubrió que, en la lucha que se libraba en el provisional campo de aterrizaje, no intentaban matar al gigante de bronce.

No se dispararon tiros, ni se utilizaron armas de ninguna clase.

La media docena de bandidos atacaron simplemente a Doc Savage con la intención de derribarle y capturarle.

Esta fue la equivocación de los gangsters.

Doc Savage contraatacó con rapidez. Lanzó golpes a diestra y siniestra y sus adversarios, uno tras otro, rodaron por el suelo, en la oscuridad.

Tan sólo uno, pudo, por suerte escapar. Huyó, a campo traviesa, como alma que persigue el diablo, en dirección a la granja.

Sus cinco compinches quedaron, gimiendo, sobre el terreno.

Doc Savage emprendió la persecución del fugitivo. El ataque era misterioso; parecía guardar relación con el intento de secuestrarle la semana anterior.

En aquella ocasión tampoco intentaron matar al hombre de bronce. AL parecer, sólo quisieron secuestrarle, como ahora.

A Doc le interesaba saber la razón y se preguntaba: ¿por qué?

Doc cruzó diagonalmente el campo con el propósito de interceptar el paso al individuo antes de que llegara a la granja que, al parecer, estaba desierta.

Amparado en la oscuridad, el sujeto desapareció tras unos

árboles que bordeaban un costado del viejo caserón.

El hombre de bronce avanzó con mayor cautela; sospechaba que el bandido estaba escondido, esperando.

Así llegó a unos metros de la casa. Pudo ver que las ventanas estaban rotas y que los postigos colgaban de las tablas.

El bandido había desaparecido. Acercóse sigilosamente al porche de la casa, cuya puerta frontal estaba abierta. Detúvose a escuchar. Percibió un ruido, como el crujir del suelo de madera, procedente del primer piso.

Doc penetró en la casa y de nuevo oyó crujir de tablas en el primer piso.

Cautelosamente, pegado a la pared, subió la escalera y llegó al primer piso.

El sentido del oído de Doc Savage era tan extraordinario como el resto de sus facultades sensoriales. Decíase que oía el tictac de un reloj a cincuenta metros de distancia. Y ahora percibía la respiración del hombre antes de llegar al pasillo.

EL rumor de la respiración procedía de una habitación situada a la derecha.

Una mancha vaga y rectangular indicaba el lugar donde una puerta estaba abierta.

Un fantasma no podía haberse movido más silenciosamente que Doc Savage. Penetrando en el cuarto, arrimóse a la pared, sin que el menor ruido delatara sus pisadas.

Detectó el lugar de donde provenía la respiración: de un rincón, a no más de dos metros de distancia. Por una ventana, la luz nocturna se filtraba revelando la figura de alguien agazapado cerca del suelo, en el rincón.

Doc se lanzó sobre el individuo, levantólo asiéndole de un brazo y fue a asestarle un golpe con la derecha. No llegó a pegarle.

El hombre tartamudeó, espantado:

—¡Eh!... ¿Qué pasa?

Sin soltar su presa, el hombre de bronce sacó del bolsillo una lámpara eléctrica y proyectó la luz sobre su rostro y cuerpo vestido de harapos.

Había apresado a un vagabundo, que sin duda penetró en la abandonada casa para pasar la noche.

Los ojos soñolientos del hombre indicaban que dormía y Doc

Savage le había despertado.

Doc soltó al aterrado sujeto y salió del cuarto. AL llegar a la escalera, el zumbido de un motor llegó a sus oídos.

Era el del aeroplano que se ponía en marcha. Doc echó a correr hacia el campo cercano. Demasiado tarde.

El aeroplano, el que aterrizara antes que el suyo, se remontaba, desapareciendo rápidamente en la oscuridad de la noche.

La explicación era obvia.

Mientras el hombre de bronce estuvo en la granja, el fugitivo había regresado al campo, ayudando a volver en sí a sus compinches, y escapando.

De nuevo los secuestradores habían sido ahuyentados, pero ellos lograban ponerse a salvo.

¿Qué significaban estas tentativas de secuestro? ¿Quién era el cerebro director de tales fechorías?

Doc quería averiguarlo y siguió al aparato que huía.

Volvió al suyo y momentos después se remontaba. Por medio del detector, localizaría al enemigo. Alargó el brazo hacia el cuadro de mandos.

Fue entonces cuando advirtió que el detector estaba averiado. Habían destrozado la antena. Podía repararse en una hora, pero entretanto...

Doc sabia que era inútil pretender seguir al otro aparato enemigo. Viró hacia el Norte, hacia el otro lado de la frontera canadiense.

Evidentemente no le había ocurrido ningún percance al avión que conducía a Monk y a sus compañeros. Los secuestradores habían intentado una hábil estratagema.

Habían pilotado su aparato entre el de Doc y el de sus ayudantes. Esto explicaba el que dejara de oír el aparato de Monk, y luego oyera, en cambio, el de los secuestradores.

Así los bandidos interceptaron el vuelo de Doc, desviándole de la ruta del de sus ayudantes.

¿Qué motivo había para ello? ¿Estarían Monk y sus compañeros en un grave aprieto?

El rostro del hombre de bronce se ensombreció mientras volaba rumbo al Canadá.

Pero a Monk no le había ocurrido nada aquella noche: tan sólo

discutía acaloradamente con Ham.

Durante el último cuarto de hora habían estado volando. Monk se cuidaba del cuadro de mandos, sobre una zona boscosa sembrada de pequeños lagos.

Era una región de Québec, al otro lado de las montañas Lauentian.

Ham estaba sentado junto al velludo químico, con un mapa sobre las rodillas. Hacia anotaciones con un lápiz mientras Monk pilotaba el aparato.

Ham decía vivamente:

—Esa ciudad que acabamos de pasar es la que buscamos.

Apuntó hacia la ventanilla y luego indicó el mapa.

—Y ese es el lago San José, a la izquierda. Tus propiedades están en esa zona boscosa, debajo nuestro —Indicó otro lago que había en el mapa—. Se hallan entre este lago San José y ese otro que está a cinco millas, a la derecha. ¿Podrás aterrizar ahí?

Monk perdía altura. Había salido la luna, y debajo de ellos, la tierra aparecía bañada por una luz lechosa. En un espacio de varias millas, entre los dos lagos, no había más que terrenos boscosos.

—Yo encontraré dónde aterrizar —murmuró Monk.

Long Tom se hallaba en la puerta.

—¡No seas estúpido! —refunfuñó—. ¡Nos van a matar!

El aparato se hallaba ya a unos mil pies de altura.

Hasta el gigante Renny exclamó, preocupado:

—¡Por la Vaca Sagrada! ¡No hay un sitio, a dos millas de esta casa, donde aterrizar.

Era verdad. Todos distinguían la casa, visible a la luz de la luna.

Era un enorme edificio.

—¡Cielos! —exclamó Monk—. ¡Es un edificio colosal!

Rodeada de bosque, la casa, los establos y dependencias parecían un pequeño reino que se alzaba en la selva.

De pronto los ojillos de Monk centellearon de júbilo.

—Hay una carretera —exclamó—, donde podremos aterrizar.

EL aeroplano casi rozaba las copas de los árboles.

Ham rugió:

—¡Espera, orangután del demonio! Esa carretera es demasiado estrecha; no puede pasar por ella ni siquiera un automóvil. Es imposible aterrizar ahí.

—¡Cómo no te calles —rugió Monk—, te voy a dar un porrazo con la cantimplora!

Renny terció para cortar, unos instantes, la discusión.

—Un momento —dijo.— Dos o tres millas atrás, este caminillo cruzaba una carretera bastante ancha. Y me pareció ver un garaje. Tal vez podamos alquilar un automóvil.

Parecía ser una excelente idea la propuesta por Renny, pues no se podía llegar a la finca sino por aquel caminillo.

Monk viró.

Pocos momentos después distinguieron el garaje que mencionara Renny. Se alzaba en un punto donde el caminillo de la finca salta de las colinas para unirse con la carretera real que atravesaba la provincia de Québec.

Dicha carretera era bastante ancha, y a un lado había un espacio libre de una media milla de anchura.

Monk dijo:

—Después de todo, es probable que esos terrenos sean míos.

Y se dispuso a aterrizar rápidamente. Picó casi en vertical.

Detrás, en la cabina, "Habeas Corpus", el cerdito, y el esmirriado chimpancé rodaron, cayendo uno encima del otro. El cerdito mordió una oreja del simio y la pelea empezó.

Cuando el aeroplano paró, Ham suspiró, aliviado, y saltó hacia la puerta de la cabina.

En la puerta se detuvo diciendo:

—¡Imaginaos a un idiota de nacimiento como éste heredando cinco millones!

Monk salió del puesto de pilotaje. Todavía llevaba los pantalones bombachos y las medias de golf. Puso cara grotesca.

—¡No me gusta esa observación, picapleitos! —exclamó enojado.

—¡Entonces sal y te lo diré de otra manera! —gritó Ham, saltando a tierra.

Pero el que parecía dispuesto a pelearse era un joven alto y delgado que en ese momento saltaba la valla que separaba el campo de la carretera. Llegó corriendo.

AL parecer, era el propietario del garaje. Vestía mono viejo y sucio; le estaba corto, seguramente había encogido por tantas veces como había sido lavado.

Lanzó un grito mientras corría en dirección a los ayudantes de Doc Savage.

—¡Hey! ¿Qué diablos es eso de aterrizar aquí? Me dan ganas de…

Ham le salió al encuentro y empezó a hablar. Siendo un abogado y muy elocuente, pronto convenció al propietario del garaje de que un personaje como Monk le honraba al aterrizar en sus terrenos.

Ham dio media vuelta, hizo una versallesca reverencia, indicó al peludo Monk y dijo:

—Su señoría, el conde de Chester, de Essex y Cornwall, el nuevo dueño de Mayfair.

Volvióse hacia el hombre del mono.

—¿Tal vez está ya enterado? —preguntóle.

Evidentemente el hombre lo sabía. Silbó entre dientes, luego se cuadró marcialmente:

—Es un honor… —balbuceó.

Si Monk le oyó, no prestó atención, pues avanzó con aire beligerante, gritando:

—¡Voy a hacer picadillo a alguien! —rugió.

El propietario del garaje le miró, estupefacto.

Ham terció rápidamente.

—¡Son cosas de su señoría, joven! No haga caso.

Mientras Renny y Long Tom apartaban a Monk, Ham tomó la palabra.

Explicó que no habían podido aterrizar en la finca. Y sugirió que posiblemente podrían alquilar un automóvil.

El joven asintió.

—Desde luego —dijo servicialmente—. Tengo un automóvil en el garaje. Y rara vez nos lo piden. Está a disposición del señor conde.

Lo sacaron; era un Ford.

Ham miró hacia el aeroplano.

—Tenemos nuestro equipaje en el aeroplano… —dijo.

El del garaje interrumpió:

—No se preocupen; se lo mandaré por la mañana a Mayfair.

Ham ofreció un billete, pero el joven lo rehusó.

—Pueden pagar cuando vuelvan a recoger el aeroplano —dijo.

Monk, Renny, Long Tom y el abogado subieron al automóvil. El

dueño del garaje se puso a hablar con Ham, que estaba detrás del volante.

Los dos animalejos, que llenos de curiosidad, por el momento estaban quietos, se acomodaron en el asiento trasero con Renny y Long Tom.

Monk hablase sentado junto a Ham, y tenía aire ceñudo, como si quisiera pelear con alguien.

—Suba por este caminillo —indicó el dueño del garaje—. La finca está a dos o tres millas de aquí. No hay otro camino; no pueden extraviarse.

Ham agitó una mano y el Ford arrancó seguidamente.

El hombre del mono entró en el garaje y fue a una oficina que había en la parte posterior. Encendió una luz e inmediatamente empezó a cambiarse de ropas.

Varios hombres se levantaron de las sillas donde habían estado sentados en la oscuridad. Eran siete u ocho, de faz patibularia.

Uno era bajo y rechoncho, de vulgares facciones.

—¿Salió bien la cosa? —preguntó.

El dueño del garaje tiró el mono en dirección a un individuo que yacía, atado y amordazado, en un rincón de la oficina. Manos y rostro del cautivo estaban cubiertos de grasa.

—¡Ya lo creo! —dijo el que se había despojado del mono—. Hay bastante gasolina en el coche para correr milla y media y entonces se encontrarán en los bosques.

—En marcha, pues —sugirió el sujeto bajo y rechoncho.

¡Cosa extraña, éste podía haber pasado por el peludo Monk Mayfair! ¡Parecía también un orangután!

CAPÍTULO VI

DESAPARICIÓN

EL joven que dijera que el Ford pararía por falta de gasolina a mitad de camino, en pleno bosque, se equivocaba.

Se quedaron sin combustible a cosa de una milla de distancia.

Subían una cuesta y el motor empezó a escupir y a jadear; finalmente se paró. No hubo manera de volver a ponerlo en marcha.

Monk, refunfuñando, saltó a tierra, encontró un palo y probó el depósito de la gasolina.

Comenzó a jurar.

Todos saltaron a tierra. Los dos animales estaban dormidos.

El simiesco Monk exclamó:

—Parece que habremos de ir a pie.

Pero a Ham se le ocurrió otra idea.

—¡A pie! —rugió—. En absoluto. Esta cafetera no sirve para gran cosa, pero es mejor que llegar a Mayfair a pie. Uno de nosotros tendrá que ir a buscar un par de bidones de gasolina.

Se lo jugaron a cara y cruz. Long Tom perdió y fue el elegido para ir al garaje a buscar la gasolina.

Gruñendo, el mago de la electricidad dio media vuelta y echó a andar cuesta abajo, en dirección al garaje. La idea de volver con dos bidones de gasolina y con ellos subir la cuesta no le seducía.

Habría andado cosa de un cuarto de milla cuando varios hombres emergieron de los bosques circundantes y le apresaron.

Uno de los asaltantes llevaba una luz, y Long Tom le reconoció: era el joven de elevada estatura que se hiciera pasar por dueño del garaje. Evidentemente era el jefe de la pandilla de cuatro que le acompañaban.

Este sujeto exclamó:

—¡Es el sietemesino! ¡Me alegro de que no mandaran al gigante!

Referíase a Renny, el ingeniero.

Pero cometió un error al llamar sietemesino a Long Tom, pues hizo que éste luchara con mayor furia.

Lo que los cinco bandidos creyeron sería una fácil captura, resultó ser algo así como intentar sujetar a un gato montés.

Long Tom luchó con fiereza. Se deshizo de los sujetos. El polvo levantado por la pelea les cegaba; de nada servía la luz de la antorcha eléctrica. Todos peleaban dentro del telón de polvo.

Sonaron gritos de: —¡Eh! ¡Soy yo!

—¡Ay!

—¡No lo sueltes!

Los cinco gangsters descubrieron que Long Tom era un hueso duro de roer.

Uno de los atacantes encontró una rama de un árbol caído, larga y gruesa.

Con ella dio a Long Tom un fuerte porrazo en la cabeza, derribándole.

Lo sujetaron y ataron al tronco de un árbol.

—Ahora averiguaremos algunas cosas —dijo el jefe de la pandilla.

Interpeló a Long Tom:

—¿Quién es ese sujeto que parece un orangután?

Long Tom no respondió.

—¿Por qué va ese sujeto a la finca Mayfair?

Esta vez Long Tom replicó:

—Porque la finca es suya.

—¡No es verdad!

—Sí es verdad!

Una palabra llevó a otra y de repente el jefe de la pandilla asestó un fuerte puñetazo a la mandíbula de Long Tom.

—¿Dónde está Doc Savage? —preguntó.

—Aunque lo supiera, no lo diría —repuso Long Tom.

El bandido volvió a golpearle.

—¡Habla! —rugió.

Pronto se convencieron de que Long Tom encajaba perfectamente los golpes, y se retiraron a corta distancia para celebrar una conferencia.

Mientras discutían, el peludo Monk bajaba por el camino.

Alguien corrió al sitio donde Long Tom estaba atado y le puso una mano en la boca para que no gritara avisando a su compañero. Los otros bandidos empezaron a hablar en voz baja.

Long Tom captó algunas de las palabras cuchicheadas.

—Encontramos esa caja de instrumentos en su aeroplano —decía uno al jefe de los gangsters—. Contenía, también, estas extrañas granadas de mano. Vamos a probarlas. Dicen que este otro sujeto es de cuidado.

—Muy bien —dijo el cabecilla—. Date prisa.

Long Tom reconoció el puñado de pelotitas que uno de los bandidos tenía en la mano, y se quedó rígido.

Las pelotitas eran pequeñas bombas de gases que el hombre de bronce había inventado. Contenían un gas anestésico sumamente eficaz, que a los pocos segundos hacía perder el conocimiento a una persona.

Y Long Tom oyó que Monk estaba ya muy cerca. Era, sin duda, el simiesco químico.

Monk gruñía quejándose a alguien.

—“Habeas" —decía el peludo químico,— esto de ser un conde es insoportable...

¡Monk y el cerdito! ¡Sin sospecharlo, iban a caer en la emboscada!

Uno de los bandidos arrojó el puñado de bolitas al polvo del camino.

Pesaban tan poco, que al caer, no hicieron ruido.

Pero "Habeas", el raquítico cerdito, vió algo. De repente se fue a un lado del camino apartándose del lugar donde habían caído las pelotitas.

Monk no había observado la acción de "Habeas". Demasiado tarde, detúvose para mirarle.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntó.

Ya el vapor blanco había rodeado al químico. Tosió y, poco después, cayó desvanecido.

Los gases se extendieron rápidamente. "Habeas" echó a correr, chillando, hacia el bosque. Los hombres que sujetaban a Long Tom, y los que estaban escondidos por allí cerca, huyeron también.

Long Tom no había visto que Monk caía y gritó:

—¡Cuidado, Monk! Están usando las bombas de gases…

No pudo continuar; los gases le rodearon.

Antes de desvanecerse oyó decir:

—¡Esto es mejor que intentar capturar a todos los ayudantes de Doc Savage a la vez!

El automóvil era largo y potente, y estaba lleno de pasajeros. Paró a veinte metros detrás del lugar donde Renny y Ham estaban sentados en el estribo del anticuado Ford.

Lo que los dos ayudantes decían de Monk y de Long Tom no era nada agradable. Estaban furiosos por el retraso.

Ham púsose en pie de un salto al reconocer al peludo Monk que se aproximaba al resplandor de las luces del otro coche.

Monk gritó:

—¡Eh, venid a darme una mano!

Ham y Renny fueron allí. No vieron a los otros sentados en el potente coche, porque los dos ayudantes estaban casi cegados por las luces.

Ham interpeló:

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde está Long Tom? Pues…

Hizo una pausa, mirando el atuendo de Monk.

Este no llevaba ya los pantalones bombachos ni las medias de golf. Vestía traje cheviot.

Ham resopló.

—Mientras nosotros nos cansamos de esperar —gritó—, tú te has entretenido en cambiar de ropas! ¿Por qué?

Monk se excusó.

—Lo siento —dijo—. No creía que tardaría tanto.

EL abogado contuvo el aliento. Dirigió una mirada al gigante Renny.

Este no se parecía al peludo Monk. El belicoso químico no se habría excusado nunca, especialmente con su compañero Ham.

Desconcertado, Ham empezó a decir:

—¿Qué demonios…

En ese momento, "Habeas", el cerdito, salía del bosque y echó a correr hacia su simiesco amo. Sin embargo, a un metro de Monk detúvose en seco y lanzó un espantoso chillido. Luego huyó velozmente de nuevo al bosque.

De repente Ham asió un brazo de Renny.

—¡Cuidado! —advirtió—. ¡Ese no es Monk!

Uno de los bandidos sacó una pistola y gritó:

—¡No, no lo es!

Y disparó.

Los ayudantes de Doc Savage, que con frecuencia se enfrentaban con el peligro, llevaban chalecos de malla de acero imperforables por las balas.

Este chaleco salvó la vida de Ham. Fue lanzado hacia atrás cuando la bala le dio en el pecho, pero recobró el equilibrio y saltó al otro lado del viejo Ford.

Renny estaba, ya a, su lado cuando la pistola tronó de nuevo y una bala pasó rozándoles la cabeza.

"Química", el chimpancé, despertó y, saltando del coche, huyó al bosque.

Varios pistoleros saltaron del coche que estaba parado poco más allá en el camino y se unieron al sujeto que tanto se parecía a Monk.

Alguien gritó: —¡Acribilladlos!

Empezó un fuerte tiroteo.

Renny había sacado algo que llevaba debajo de la americana. Parecía una pistola de desusado tamaño, que tenía lo que parecía ser una cámara cilíndrica.

Era una de las pistolas automáticas usadas por los ayudantes de Doc. EL arma disparaba lo mismo balas corrientes que proyectiles demoledores y también balas "compasivas" que tan sólo privaban del conocimiento a sus víctimas.

Renny utilizó una de las balas demoledoras. Disparó una sola ráfaga.

Los pistoleros, al avanzar, hacíanlo por el borde del bosque. Pero el gigante Renny no disparó hacia allí, sino sobre el potente coche de los bandidos.

La parte delantera del automóvil saltó hecho pedazos, los neumáticos reventaron en medio de grandes explosiones y el coche al saltar cayó de costado, medio deshecho.

Los pistoleros lanzaron un grito de terror. Dejaron de avanzar, huyendo despavoridos.

Para espantarlos más, Renny disparó otra de las balas demoledoras.

Apareció un hoyo en el camino, y el estruendo fue lo bastante grande para oírse a dos millas de distancia.

Ham miró al ingeniero.

—Ese bandido se parecía a Monk —exclamó.

—¡Por la Vaca Sagrada! —exclamó su compañero—. Eso quiere decir...

—¡Qué Monk y Long Tom están en un aprieto! —terminó el abogado.

Subieron al viejo Ford y Ham llamó a los animalejos, que, asustados todavía, salieron corriendo del bosque y saltaron al asiento trasero.

Renny empujó el vehículo por el terreno que bordeaba el camino. Logró pasarlo, aunque rozando, por el lado del destruido automóvil y bajarlo por la cuesta.

Habrían recorrido unos quinientos metros cuando "Habeas" lanzó un penetrante chillido.

Ham gritó:

—¡Para un momento! "Habeas" quiere decirnos algo.

Renny paró el Ford. Parecía que el coche iba a caerse a pedazos.

"Habeas" brincó a tierra y echó a andar por el camino que habían dejado atrás. Detúvose un momento, mirando a los dos ayudantes, como para revelarles lo que él sabía.

Renny y Ham siguieron al cerdito. "Química" se negó a moverse.

Llegaron al lugar donde explotaran las granadas de mano. Ham utilizó una antorcha eléctrica y reconoció los fragmentos de cristal que formaban las pelotitas que contenían los gases.

Mostró unos cuantos al gigante Renny y éste asintió ceñudo.

"Habeas" empezó a correr alrededor del tronco de un árbol. Renny se aproximó a investigar y encontró trozos de cuerda que había sido cortada y que había rodeado el tronco.

Entonces dijo:

—¡Monk o Long Tom, uno de los dos, estuvo atado en este lugar!

Ham asintió.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —susurró Renny.

—Me refiero al sujeto parecido a Monk —respondió Ham—. ¡Ese individuo tenía intenciones homicidas!

Tras breve pausa, añadió:

—Tal vez Monk y Long Tom han sido víctimas de esos malhechores. Este asunto es muy misterioso.

Pero encontrar a los dos ayudantes desaparecidos constituía otro problema.

No había el menor rastro que indicara adónde los habían llevado.

CAPÍTULO VII

ASESINATO EN MAYFAIR

EL sol brillaba sobre las aguas tranquilas del lago interior, hiriendo los ojos de Monk, mientras éste yacía en el fondo de la canoa.

Dos sujetos que se hallaban a ambos extremos de la canoa, habían estado paleando desde hacía horas. Monk intentó volverse y dijo furioso:

—¡Retorceré el pescuezo a alguien en cuanto salga de aquí!

Rióse uno de ellos, sin dejar de pelear.

Oíanse cerca los sonidos de otros remos. Por algunas palabras sueltas cruzadas entre las dos canoas, y que Monk captara, supo éste que Long Tom iba cautivo en el otro bote.

—¿Adónde nos llevarán? —preguntóse el velludo químico.

Recordaba que se desvaneció cuando los gases le envolvieron. Luego, le despertaron al romper el día y, amarrado, lo metieron en una canoa.

Recordaba haber visto, en esos momentos, una tablilla, fijada en un árbol, con el siguiente aviso:

MAYFAIR
Propiedad particular
¡PROHIBIDO EL PASO!

Monk lanzó un aullido al ver aquel aviso. ¡Su propiedad... y estaba cautivo!

No lo comprendía...

Monk rumiaba una estratagema para librarse de las ligaduras cuando oyó que el sujeto que iba a proa lanzaba una exclamación de sorpresa.

—¿Quién es aquél que viene por allá? —quiso saber el bandido.

Monk, que yacía en el fondo de la canoa, no podía ver nada.

Un segundo después el individuo que iba a popa contestó preocupado:

—No lo sé. Pero no me gusta nada. ¡Tiene una gasolinera!

De repente, uno de los secuestradores de la segunda canoa lanzó un grito:

—¡Rumbo a la costa!

Evidentemente era una buena idea, pero las instrucciones llegaron tarde.

Monk oyó el ronroneo del motor de la gasolinera que se aproximaba. De repente sonó un tableteo.

Monk dio un respingo. ¡Era el tableteo de una ametralladora!

EL hombre que iba a popa se incorporó y al instante profirió un grito de terror.

—¡Vamos! —chilló—. ¡Nademos hasta la costa!

Lanzóse al agua. La canoa se balanceó violentamente, pero al final conservó el equilibrio. Monk notó que el corazón se le paralizaba.

Exhaló un suspiro de alivio cuando la canoa recobró el equilibrio. Pensó en que Long Tom se hallaba en el mismo aprieto.

Se oyó un fuerte chapoteo cuando los otros secuestradores saltaron por la borda. Por el ruido del motor de la gasolinera, ésta trazaba un círculo.

Luego se oyó la orden:

—¡Acribilladlos!

La ametralladora tableteó de nuevo.

Un hombre lanzó un grito de agonía; otros gritos de terror indicaban que unos hombres se enfrentaban con una muerte violenta. Monk se estremeció.

Los gritos cesaron y el ruido del motor de la gasolinera fue amortiguándose hasta que al fin se oyó un lejano murmullo en el lago.

Reinó un silencio de muerte.

Monk llamó:

—¡Long Tom! ¿Estás bien?

Durante unos segundos no hubo respuesta y Monk se asustó.

Luego oyó la voz débil de Long Tom, como si éste se hallara lejos.

—¡Monk!

El simiesco químico rugió:

—¿Qué les ha pasado a esos sujetos?

—¡Están muertos! Hemos tenido suerte. ¡Sin duda los de la ametralladora no sabían que estábamos en el fondo de las canoas!

—¡Cielos! —exhaló Monk.

Long Tom volvió a gritar:

—¿Lo has notado? —preguntó.

—¿El qué? —respondió Monk.

—Vamos a la deriva y demasiado deprisa. ¡La corriente es muy impetuosa aquí!

Monk reflexionó y de repente le asaltó una idea terrible.

—¡Tal vez la corriente los arrastraba hacia un dique!

Alarmado, chilló, preguntando:

—¿Cómo saldremos de estas malditas canoas?

—¡A ver si se te ocurre una idea! —replicó Long Tom—. Pero mejor será que empieces a rezar.

Monk notó que era mayor la fuerza de la corriente y que la canoa derivaba más velozmente. Si estaban en el centro del lago, no irían a la deriva con tal velocidad. Entonces...

Aunque estaba medio cegado por los rayos del sol, dio de repente un respingo.

—¡Ey, Long Tom! —chilló—. ¡Mira hacia arriba! ¿Lo ves?

No pudo oír la respuesta de su compañero.

El puntito que había visto en el cielo iba agrandándose rápidamente. Parecía descender como un cometa. AL fin vió el color: plateado y continuaba descendiendo vertiginosamente.

¡Un aeroplano!

Monk empezó a gritar, preso de gran excitación. Vió que el aeroplano se posaba, al fin, con la gracia de un pájaro, sobre la superficie de las aguas del gran lago.

Era el hidroplano de Doc Savage.

Un momento después, Monk observó que se hallaba cerca y que Doc echaba un ancla para impedir que el aparato fuese arrastrado por la corriente.

AL instante, el hombre de bronce lanzóse al agua y empezó a nadar con extraordinaria velocidad hacia la canoa de Monk. Un cuchillo brillaba en la boca de Doc Savage.

Unas manos bronceadas tocaron el costado de la canoa, que se

ladeó ligeramente. Segundos después Doc Savage decía:

—En cuanto te desate, lánzate al agua y nada hacia el aeroplano.

El cuchillo cortó las ligaduras de Monk, quien al instante lanzóse al agua.

Empezó a nadar vigorosamente y, al volver una vez la cabeza, vió que Long Tom se tiraba al agua. Doc Savage le había liberado.

Monk subió primero al hidroplano; poco después llegaban Doc y Long Tom.

El gigante de bronce preguntó:

—¿Dónde están Ham y Renny?

Monk explicó:

—Los dejamos en un auto que alquilamos en un garaje para llegar a la finca. Pero se nos acabó la gasolina. Yo volvía al garaje para buscar un par de bidones cuando, de pronto, alguien tiró en el camino nuestras granadas de gases.

Long Tom agregó:

—Fue el propietario quien nos engañó al alquilarnos el coche con insuficiente gasolina... ¡Y él era el jefe de la pandilla que nos secuestró!

Los dos ayudantes miraron al gigante de bronce.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Long Tom.

Doc Savage respondió tranquilamente:

—Vuestro aeroplano, que dejasteis cerca del garaje, indicaba adónde fuisteis. Pero había dos automóviles en el camino de Mayfair. Uno, destrozado; y ambos, abandonados.

—¡Dos coches! —exclamó Monk—. ¡Entonces secuestraron también a Ham y a Renny!

Parecía estar más preocupado por otra cosa, y añadió:

—¡Y "Habeas"!

—¡Trataremos de localizarlos! —sugirió Doc Savage.

Monk izó el ancla mientras el hombre de bronce penetraba en el puesto de pilotaje.

Poco después volaban sobre la zona boscosa que rodeaba al lago.

Una vez Doc voló sobre el lago, después de mencionarle Monk la gasolinera con la ametralladora.

No vieron ni rastro de una lancha a motor en la gran extensión del lago.

Doc Savage observó, ceñudo:

—Mi detector de sonidos captó el ruido de los disparos. De lo contrario, no os habría encontrado.

—Pero esos cuatro bandidos que nos llevaban cautivos.. —empezó a decir Long Tom.

Doc Savage indicó el lago.

—Están muertos —contestó—. Flotaban en dirección a los rápidos, poco antes de amarar yo.

Monk estaba intrigado.

—¡No lo entiendo, Doc! —chilló—. Primero unos sujetos nos secuestran, a mí y a Long Tom; luego alguien los mata. ¿Qué relación puede haber entre una cosa y otra?

Los ojos dorados de Doc Savage aparecían pensativos. Finalmente contestó:

—Hay algo en este misterio que no está claro.

Monk miró interrogativamente a Long Tom, como preguntándole qué quería decir el gigante de bronce.

Doc explicó. Les habló de la tentativa de secuestrarle en Nueva York, cómo después le desviaron, con un engaño, de su ruta cuando seguía a Monk en el vuelo al Canadá.

—¿Entonces no te dirigías a la Fortaleza de la Soledad? —preguntó Monk.

Doc negó con la cabeza.

—Todavía no —respondió.

—Pero ¿por qué intentaron matarte? —preguntó Long Tom.

La respuesta del gigante de bronce sorprendió a sus ayudantes.

—No intentaron matarme —repuso—. Sólo querían secuestrarme. Por el momento, no veo la explicación de este misterio.

—Pero ¿quién?... —empezó a decir Monk.

—Es otro misterio —dijo Doc Savage.

—Ahora —continuó Monk—, unos bandidos intentan quitarnos de en medio y ellos, a su vez, a lo menos algunos, son asesinados.

—Eso parece —admitió Doc.

Sucedió un silencio y poco después sobrevolaban el lugar donde dejaron el otro aeroplano. Aterrizaron cerca.

Saltando a tierra, Doc Savage explicó:

—Han cerrado el garaje. Evidentemente ahuyentaron al

verdadero dueño. Es el único edificio que hay en varias millas a la redonda de esta desierta carretera.

Indicó el aparato que Monk y sus compañeros dejaron en el campo la noche anterior.

—Deberías haber tomado precauciones antes de abandonar el aeroplano —dijo—. Faltan una maleta y una caja con instrumentos y accesorios.

Monk parpadeó.

—¡Cielos! —chilló—. ¡No se me ocurrió! Será mejor que lo cerremos con llave.

—Ya lo he hecho —dijo el hombre de bronce.

Echó a andar en dirección al camino que Monk y sus amigos recorrieron con el Ford la noche anterior.

El hombre de bronce llevaba un electroscopio súper sensitivo. Miró a Long Tom.

—Ordené a Renny que llevase las suelas interiores especiales, antes de salir de Nueva York —dijo—. ¿Lleva aún los mismos zapatos?

El mago de la electricidad asintió, comprendiendo el propósito de Doc.

Pues las suelas interiores invisibles eran de un metal que, aunque no lo bastante radioactivo para producir una lesión, eran lo suficiente para que el electroscopio súper sensitivo registrase su presencia a considerable distancia.

Así, el electroscopio indicaría la presencia de Renny en las cercanías.

En efecto, lo señaló.

Una aguja sensitiva apuntó hacia el Norte, en dirección del camino de Mayfair.

Preso de viva excitación, Long Tom mencionó el árbol al cual estuvo atado la noche anterior. Abrió la marcha.

A lo largo del camino, la aguja viró rápidamente hacia la derecha.

—Por aquí —dijo Doc Savage, echando a andar.

Reinaba profundo silencio en el bosque mientras avanzaban sigilosamente.

Observaron que la aguja volvía a apuntar en dirección Norte.

Señalaba que Renny y Ham habían estado allí, para luego tomar

de nuevo el camino que conducía a las fincas de Mayfair.

¿Estaban cautivos o seguían un rastro?

Pues de repente salieron a un camino que cruzaba la extensa finca.

Siguiéndolo, pronto llegaron a un edificio de dos pisos que se alzaba en el fondo. Había, en la parte frontal, a lo menos una docena de puertas de garajes.

Monk silbó entre dientes, murmurando luego:

—¿Es eso un garaje o una casa?

—El garaje —aseguró Long Tom.

Una de las puertas estaba abierta y oyeron voces procedentes del interior del edificio. Una retumbaba como un trueno.

—¡Renny! —exclamó Monk.

Aceleraron el paso, y pronto vieron al gigante Renny, a Ham y a otro hombre alrededor de algo que había en el garaje.

Ham acaba de enderezarse después de recoger algo del suelo. Parecía un trozo de papel blanco.

Monk frunció el ceño y dirigió una mirada homicida a su atildado y pulido compañero.

—¡Y yo creía que estabais en un aprieto! ¿Dónde está "Habeas"?

El simiesco Monk se interrumpió, y su cuerpo se quedó rígido. Siguió la mirada de Doc Savage. El hombre que yacía en el suelo había sido asesinado brutalmente, matado de una paliza. Era un anciano.

Ham pasó el papel al hombre de bronce y dijo:

—Encontramos esto en su mano. La nota decía:

LA MUERTE ESPERA A CUANTOS VIVEN EN MAYFAIR

CAPÍTULO VIII

NICKERSON CONOCE A MONK

NADIE podía explicar el motivo u origen del mensaje amenazador encontrado en la mano del muerto; ni siquiera el hombre que estaba con Renny y Ham.

El abogado indicó a Doc que el hombre que estaba con ellos era Charlie Nickerson, el nuevo administrador de las posesiones de Mayfair, joven agraciado, de mediana estatura, ojos y cabellos negros y mandíbula enérgica.

Doc Savage llevó a Ham a un lado.

—¿Qué me dices de Charlie Nickerson? —le preguntó—. ¿Hay manera de conocer sus antecedentes?

—Ya los tengo —respondió el abogado—. Telefoneé a Montreal cuando Nickerson no andaba por aquí. No es hombre sospechoso, Doc. La firma de abogados ingleses lo mandó para hacerse cargo de la finca, recientemente. Dichos abogados tienen oficinas, también, en Montreal y les telefoneé. Responden de él.

Doc asintió.

—¿Quién es el viejo? —inquirió, señalando hacia el muerto.

Nickerson se les aproximó.

—Se llamaba Sandy —explicó.

Guardóse la pipa que estaba fumando y prosiguió:

—Era un guardián de la finca desde hace muchos años. Su asesinato es lo más criminal que he oído en mi vida.

—¿Tiene idea de quién pudo matarle? —preguntó Doc.

Los ojos negros de Nickerson centellearon.

—Puede haber una explicación —repuso.

—¿Cuál?

—Sabría alguna cosa que alguien temía lo pudiese revelar.

Doc Savage no hizo ningún comentario.

Charlie Nickerson sugirió que fuesen a la casa, que se veía a través de la espesa arboleda.

Rodeada de hermosos jardines, en uno de los cuales había una inmensa piscina, la mansión parecía un castillo que se alzara en medio de las soledades canadienses.

El pecho de Monk se infló.

—¡Y todo esto es mío! —dijo orgullosamente.

Nickerson asintió.

—Así es, señor conde —confirmó.

Doc y Long Tom se enteraron de que Ham había presentado ya los documentos de identidad facilitados por los abogados neoyorquinos.

Nickerson había estado esperando la llegada de Monk, es decir, del conde de Mayfair.

Ham susurró a Long Tom:

—¡Ese engendro de la Naturaleza parece un vagabundo y no un conde!

Monk giró sobre sus talones. —¡Te he oído, picapleitos fullero!— murmuró entre dientes —. ¿Has encontrado a tus antecesores?

Ham sonrió.

—Sí —confesó—. Pero eran tan listos que no pudieron atraparlos…

Monk emitió un gruñido furioso. Tenía aspecto grotesco. Los pantalones bombachos, que se le mojaron en el lago, estaban ya secos, pero le colgaban de una manera risible.

Las medias de golf se le habían caído. Parecía un jugador de golf al que le había pillado no un chaparrón sino un diluvio de agua.

Renny había estado hablando a Doc Savage y, al reunirse con los otros, dijo a Ham:

—¿Les hablaste de los bandidos que se nos escaparon anoche?

El abogado relató el incidente. Mencionó que los pistoleros huyeron, asustados, al bosque. Miró con recelo a Monk, que estaba escuchando.

—Esto me recuerda —dijo,— que debe haber dos orangutanes. Si alguna vez le pongo las manos encima al otro…

Monk se irguió altivamente.

—Escucha, abogado de secano —chilló:— ¡no me llames

orangután!

La discusión duró unos momentos, pues de repente Monk recordó lo que antes dijera Ham, y preguntó:

—¿Qué es eso de que había un doble mío?

Ham meneó la cabeza, desconcertado, mientras escrutaba las facciones del simiesco Monk.

—Se te parecía, y hablaba como tú —aseguró—. ¿Pero cómo es posible que haya en el mundo alguien que se te parezca? No lo entiendo...

Doc había estado escuchando, pensativo. Sus ojos dorados observaron algo que pasó inadvertido para los otros.

Fue una expresión que apareciera en los ojos del canadiense, Charlie Nickerson, cuando Ham mencionó al sujeto parecido a Monk Mayfair.

Habían llegado a la entrada de la mansión.

Una vez dentro, Monk detúvose en seco, asombrado.

Hallábanse en una enorme habitación circular, de alto techo y vigas de madera, en donde media docena de puertas muy grandes daban acceso a varias alas de la casa.

Enfrente, una escalera de caracol conducía a otro piso.

Los muebles del vestíbulo estaban tapados. Era evidente que la casa había estado cerrada durante algún tiempo.

Charlie Nickerson dijo:

—Bien venido al Manor de Mayfair, señor conde. Perdone el estado de la casa; no ha habido tiempo de poner las cosas en orden.

Monk asintió. Con aire condescendiente, dijo:

—No se preocupe, buen hombre. Muchos reyes han vivido rodeados de inmundicias. Por el momento, este castillo nos bastará.

El velludo químico fue al centro del inmenso hall y paseó la mirada, en torno suyo.

Ham estuvo a punto de desmayarse de vergüenza.

—¿Por qué se me ocurrió comprar aquel libro? —murmuró entre dientes, lamentándose.

Pero Monk había ya olvidado que era un noble conde y habló en voz alta, mirando al centro del techo del aposento.

—¿Cómo está usted? —preguntó.

Las palabras repercutieron y sus ecos parecieron responder.

—¿Cómo está usted?

—¡Estupendo! —dijo el químico, alborozado, como un chico con zapatos nuevos.

Ham resopló:

—Dejadle en paz; está contento.

Siguió a los otros, a quienes Charlie Nickerson conducía a través de la mansión. Las cocinas eran una maravilla.

"Habeas" y "Química", los dos animalejos, estaban sentados en sendas sillas ante una larga mesa que habría servido para una docena de criados.

Devoraban exquisitos manjares.

Nickerson indicó a varias personas que trabajaban en la cocina, y dijo:

—Ayer tomé varios sirvientes. Llegarán unos cuantos más hoy. Y dentro de una semana el servicio irá como una seda.

Continuaron viendo la casa que Nickerson les iba enseñando. Estuvieron cerca de una hora admirando salas, aposentos, biblioteca y otras habitaciones.

Cuando volvieron al lugar donde dejaran a Monk, éste había desaparecido.

Fue el pulido y atildado Ham quien encontró la hoja de papel sobre la mesa.

La nota decía:

Mayfair está maldecida.

Ham, cosa sorprendente, fue quien palideció.

—¡Monk! —exclamó—. ¡Le ha ocurrido algo!

Inmediatamente se inició la búsqueda. Registraron todas las habitaciones del castillo. Una hora más tarde todos tenían la misma impresión: algo le había ocurrido a Monk.

Los pocos criados que estaban ya en la finca tomaron parte en la búsqueda.

Registraron palmo a palmo los terrenos, a excepción de los bosques.

Pero al anochecer no habían encontrado aún a Monk.

Doc Savage estuvo ausente la mayor parte de la noche. Poco después de romper el día, se encontró con los compañeros en la mansión.

El gigante de bronce anunció:

—Existe la posibilidad de que Monk haya sido secuestrado.

—¿Por qué? —preguntó uno.

—Todavía ignoramos el motivo —repuso Doc Savage.

Los compañeros tenían la impresión de que Doc Savage no les decía todo cuanto había averiguado. Era una característica de Doc Savage: jamás daba una explicación final hasta haber esclarecido por completo el misterio; y éste iba complicándose más y más.

Charlie Nickerson, el administrador canadiense de la finca, se les reunió poco después; había estado fuera. Preso de viva excitación, dijo:

—¡Tengo la pista del paradero de Su Señoría! Si algunos de ustedes quieren acompañarme...

Doc Savage ordenó:

—Ham, tú y Long Tom; acompañad a Nickerson. Renny puede quedarse en la casa.

—Con un aeroplano llegaríamos más rápidamente —prosiguió Nickerson—. Si la información que me han facilitado es verídica, el señor conde está a más de cien millas de distancia.

Ham y Long Tom le miraron, sorprendidos.

—¿Está seguro de lo que dice? —inquirió Ham.

—Sí —afirmó Nickerson y sus ojos chispearon.

Ham miró a Doc Savage, quien asintió sugiriendo:

—Tomad el aeroplano pequeño.

Doc no mencionó lo que él se proponía hacer, pero Ham tenía la impresión de que el gigante de bronce había trazado un plan.

Breves instantes después, Nickerson sacaba un coche del garaje.

Atravesaron los bosques en dirección al campo donde dejaran los aeroplanos. Los encontraron intactos.

Con Nickerson en el puesto de pilotaje, y dando instrucciones, Ham sobrevoló la zona indicada por el administrador.

Era un lugar de la costa muy solitario, en un punto donde el río San Lorenzo se ensancha para desembocar en el Golfo del mismo nombre.

Nickerson indicó un pueblecito pesquero; se hallaban a unos mil quinientos metros de altura.

—Ponga rumbo hacia el Nordeste, al Este de aquel pueblo —dijo —. A diez millas de distancia, en pleno golfo, está la isla. Tendremos que observar con cuidado; de lo contrario, no daremos con ella.

Ham verificó los instrumentos indicadores de la velocidad con relación al aire, mientras Long Tom observaba las aguas del golfo.

Al fin, el mago de la electricidad lanzó un grito.

—¡Ahí está, enfrente mismo!

La islita pareció surgir de las aguas. Ham perdió rápidamente altitud y siguió descendiendo en amplios círculos hasta que rozaron las copas de los árboles de un bosquecillo.

Había pequeñas calas a lo largo de la costa rocosa del islote, que tendría, a lo sumo, unas seis millas.

Veíanse trozos aislados de playa arenosa.

Ham preguntó:

—¿Cómo averiguó el paradero de Monk?

Nickerson explicó rápidamente:

—El verdadero dueño del garaje oyó que unos hombres hablaban, en un restaurante, de un pueblo cercano. Discutían acerca del señor conde; y hablaron, también, de este islote. Dijeron que habían llevado al conde a un muelle pesquero, el cual fue abandonado hace años.

Ham localizó el muelle y los viejos edificios. No había señales de que la islita estuviese habitada.

Pronto el hidroplano amaró y empezó a deslizarse hacia la costa. Saltaron a la playa donde el agua les llegaba a los tobillos.

Vieron un edificio que antaño fuera una factoría de conservas de pescado.

Estaba en ruinas. Había también una casa para botes.

Long Tom gruñó:

—¡No se ve ni un alma!

—Investigaremos —sugirió Ham.

Había puertas giratorias dobles en el viejo edificio.

Ham, preocupado por su peludo compañero, fue el primero que entró en el interior. Siguióle Long Tom.

Un instante después, el abogado gritó:

—¡Cuidado! ¡Es una emboscada!

Varios hombres gritaron y empezó un tumulto de mil demonios.

Ham y Long Tom fueron a sacar sus pistolas automáticas.

Pero algo cayó sobre ellos, y los brazos se les enredaron en lo que parecían ser cuerdas. Inútilmente trataron de liberarse.

Tan pronto como se habituaron a la oscuridad que reinaba en el

edificio que no tenía ventanas, vieron que habían caído en una trampa.

Les habían echado encima varios metros de red de pesca. Y al mismo tiempo varios hombres armados con estacas, les pegaban.

Long Tom gritaba frenéticamente en varios idiomas, mientras intentaba esgrimir su pistola ametralladora.

Ham maldijo su suerte: Había dejado su bastón-estoque en el aeroplano.

Con él hubiera podido cortar las mallas de la red.

De repente sonó un ensordecedor estruendo. La pistola automática de Long Tom disparó una ráfaga.

Se oyeron gritos de espanto y el ruido de hombres que corrían, despavoridos, hacia la puerta.

Ham, todavía enredado, logró sacar también su pistola automática. El estruendo aumentó. El y Long Tom utilizaban las balas "compasivas', con las que las armas estaban cargadas.

Al cabo de un rato, Long Tom dejó de disparar. Ham le imitó.

Long Tom murmuró:

—¡Maldición!

Los ecos de su voz repercutieron por todo el viejo edificio. Los ayudantes vieron lo que había ocurrido.

Los bandidos habían huido; y ellos, Ham y Long Tom, quedaron enredados en las mallas de las redes de pesca.

De súbito oyeron el ronroneo del motor de un aeroplano. Ham escuchó atentamente. El sonido era distinto al del avión que ellos habían usado.

Entonces exclamó:

—¡La casa de botes! ¡Tenían escondido un aeroplano ahí!

AL cabo de un largo cuarto de hora, lograron librarse de las redes. Salieron del edificio y de pronto se detuvieron, asombrados.

El aeroplano que usaran había sido abandonado a la deriva, y estaba ya bastante distanciado de la costa.

¡El otro aparato se había marchado!

También había desaparecido Charlie Nickerson. Una rápida búsqueda les convenció de este hecho.

Long Tom gritó furioso:

—¡Nos engañó como a chinos!

—¡Y yo creía que ese Nickerson era un hombre honrado! —

murmuró el abogado, lúgubremente.

Era evidente que los dos ayudantes habían sido víctimas de un engaño.

Y sin duda Monk iba cautivo en el aeroplano que había desaparecido.

CAPÍTULO IX

ANNABELLE

EL aeroplano iba a la deriva cuando Ham y Long Tom hallaron el bote. Lo encontraron en la playa, a corta distancia de la factoría de conservas de pescado. Era viejo y tenía una vía de agua, pero a lo menos flotaba.

Utilizando una vieja lata que encontró en tierra, Ham fue sacando el agua mientras Long Tom remaba. El mago de la electricidad era muy fuerte y sus brazos parecían de acero. Remaba con tanta fuerza que amenazaba con romper los viejos remos.

Ham estaba metido hasta los tobillos en el agua que medio llenaba el bote.

Navegaban lentamente pues iba hundiéndose poco a poco.

Mientras achicaba el agua, Ham miró al rostro sudoroso de Long Tom, preguntando:

—¿Crees que Charlie Nickerson fue el autor de la muerte de Sandy, el viejo guardián de la finca?

Long Tom reflexionó mientras seguía remando. AL fin contestó:

—No lo creo.

—¿Por qué no? —inquirió Ham—. Es evidente que Nickerson nos condujo a esta trampa de la isla. Forma parte de la banda y apuesto a que tienen prisionero a Monk. ¡Lo han utilizado como cebo para capturarnos!

Long Tom contestó:

—En este misterio hay algo que se nos ha pasado por alto.

—No te entiendo —confesó Ham.

—Verás —dio Long Tom—. Fíjate en esos sujetos que nos apresaron a mí y a Monk anoche. No eran canadienses, y dos de ellos hablaron con acento extranjero. Creo que los otros eran

pistoleros de Nueva York.

—¿Y qué? —preguntó Ham.

—Nickerson no me pareció un criminal. Los canadienses son gente franca y leal, y Nickerson me dio esa impresión.

—Sin embargo, él sabe algo —insistió Ham—. Su conducta me pareció extraña.

—Lo admito —asintió Long Tom—. Pero fíjate en que unos pistoleros nos apresaron a Monk y a mí. Y que, mientras estábamos cautivos en las canoas, aquellos pistoleros fueron asesinados. ¿Por qué?

Ham comprendió lo que Long sugería.

—¿Quieres decir —exclamó,— que hay dos bandas, enemigas, una de la otra, que luchan entre sí?

El mago de la electricidad asintió. Mirando por encima de su hombro, observó que iban aproximándose al aeroplano que flotaba a la deriva.

Prosiguió hablando.

—Recordemos el intento de secuestro de Doc en Nueva York —dijo,— antes de que Monk supiera nada de la herencia. ¿Qué relación tiene eso con la actual desaparición de Monk? ¿No lo ves? Hay que considerar dos aspectos de este asunto.

—Tres —corrigió Ham—. Hay ese sujeto parecido a Monk —añadió—. ¿Quién es? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Ham hizo una pausa en su trabajo de achicar el agua.

—Y ha desaparecido… ¿Dónde estará? —añadió.

Long Tom murmuró:

—Tal vez Doc ha aclarado ya estos misterios.

Hallábanse cerca del hidroplano. Pero el bote iba hundiéndose rápidamente.

El agua entraba más rápidamente de lo que Ham la achicaba con la lata.

Dijo:

—Será mejor que nademos hasta el aparato.

Lanzáronse al agua. Una vez a bordo del hidro, Ham frunció el ceño al ver sus ropas mojadas. El abogado no le gustaba perder su pulido y atildado aspecto. Por el momento no tenía remedio.

Partieron rumbo a la finca. Long Tom pilotaba el aparato.

Una hora después aterrizaban en el campo cercano al garaje,

junto a la solitaria carretera.

EL aeroplano de Doc Savage no estaba allí.

El dueño del garaje les salió al encuentro cuando saltaban a tierra. Era de estatura mediana y delgado, con la misma mandíbula enérgica y prominente que los ayudantes de Doc Savage habían notado en Nickerson, también canadiense.

Llevaba un sobre en la mano y se lo entregó a Long Tom.

—Doc Savage dejó esto para Usted —dijo.

Ham indicó el garaje, abierto de nuevo.

—¿No le han molestado más los bandidos que le ataron la otra noche?

El dueño del garaje negó con la cabeza.

—Y no se meterán más conmigo, si puedo impedirlo —anunció—. La policía montada los busca. Uno de la montada habló con Doc Savage poco antes de partir.

Ham preguntó a Long Tom:

—¿Qué dice la nota de Doc? —Long Tom se la pasó a Ham. Decía:

"Ten enchufada una de las radios portátiles de onda corta. Los animalitos están conmigo."

—¿Adónde habrá ido Doc? —murmuró Long Tom.

—No podemos hacer otra cosa que esperar —repuso Ham—. Volvamos a la casa.

Antes de subir al automóvil que Nickerson usara para llevarlos de la mansión al campo donde aterrizaran, sacaron una de las cajas del aeroplano.

Acto seguido instalaron un dispositivo de alarma en el aparato..

Si alguien manipulaba el aeroplano, la radio portátil, que todos los ayudantes de Doc Savage usaban, les advertiría seguidamente.

Las radios receptoras tenían determinada longitud de onda. Si Doc Savage radiaba un mensaje, sus ayudantes lo recogerían inmediatamente.

Ham y Long Tom volvieron a la finca Mayfair.

El gigante Renny les salió al encuentro cuando penetraban en el suntuoso hall. Detrás del ingeniero, cuatro individuos lucían el uniforme de la policía montada del Canadá.

Renny dijo con su voz retumbante:

—¡Un contratiempo!

Renny tenía la cara lúgubre de un enterrador.

—¿Un contratiempo? —preguntó Ham.

—¡Todos estamos detenidos! —explicó Renny.

La cárcel no era motivo de orgullo para aquel pueblo. Había una celda solamente, situada en el rincón de una sala muy grande que formaba parte de una caseta-cuartel, a unas diez millas de la finca Mayfair.

El sargento, un gigantón, se hallaba delante de la celda donde Ham, Long Tom y Renny estaban encerrados.

—No solemos tener clientes por aquí —dijo—. Pero me parece que ustedes van a pasar una larga temporada a la sombra.

Ham se acercó a los barrotes, interpelando:

—¿De qué se nos acusa?

—Aquí llamamos bandidos a los estafadores como ustedes. ¡Pero no tienen nada que hacer en el Canadá!

—¿Qué quiere decir? —inquirió Ham.

—No podrán robar Mayfair —repuso el sargento—. El dueño de la finca ha ordenado que se les arreste a todos ustedes.

—¡Escuche! —gritó Ham—. Tenemos los documentos necesarios para poder probar que uno de nuestros compañeros es el verdadero propietario de Mayfair. Si hasta..

—¿Dónde están esos documentos? —interrumpió el sargento.

—Allí... —Ham hizo una pausa, dando un respingo.

Recordaba que entregó los documentos a Monk al llegar a la finca. ¡Y Monk había desaparecido!

Entonces se le ocurrió decir:

—Traiga a esa persona que dice que hemos robado la finca. ¡Deje que yo le hable!

El sargento suspiró, aburrido.

—Por ese motivo se quedarán ustedes aquí una larga temporada —observó.

—¿Qué quiere decir?

—El dueño de Mayfair, el verdadero dueño, ha desaparecido. ¡Y ustedes estarán encerrados, hasta que le encontremos!

Ham gimió.

No se les había permitido llevar consigo ningún efecto personal a la celda.

Ham pensaba en la caja de instrumentos que había en el coche,

y en la radio portátil, con la cual podrían mantener contacto con Doc Savage.

Pasaron el resto del día y aquella noche pensando en cómo escapar de aquella cárcel, y finalmente decidieron que no había ningún medio de hacerlo.

Cuando trataron de convencer al sargento de que formaban parte de la organización de Doc Savage, aquél contestó:

—Traigan a Doc Savage y le hablaremos.

—¡Pero no sabemos dónde está! —se lamentó Ham.

—Eso me figuraba —repuso el sargento—. Son ustedes muy listos.

Así quedaron las cosas.

Pero a las ocho de la mañana siguiente, cuando llegó la muchacha, renacieron las esperanzas de Ham.

Cuando la joven se aproximaba a la celda, Ham la oyó decir:

—Uno se llama Ham Brooks.

Luego mencionó los nombres de Renny y de Long Tom.

A Ham le gustó la voz de la muchacha. Pero cuando la pudo ver bien, le gustó más aún.

Era verdaderamente encantadora.

Llevaba chaqueta suéter claro y el cabello negro cubierto por un pañuelo de vivos colores. Tenía ojos castaños oscuros.

Ella misma se presentó.

—Soy Annabelle Nickerson —anunció.

—Ya me parecía que era usted una Nickerson —dio Ham, sonriendo—. ¿Es la hermana de Charlie Nickerson?

La joven asintió.

Renny y Long Tom habían estado dormitando en un camastro, en la celda.

Se pusieron en pie de un salto y Long Tom parecía estar muy enojado.

—¡Ya verán lo que haré a ese Nickerson cuando le eche los ojos encima! —rugió.

—Un momento, Long Tom —dijo Ham—. La joven tiene algo que decirnos.

Miró a Annabelle Nickerson.

—¿Qué tiene que decirnos? —le preguntó.

La joven explicó que, por los criados de Mayfair, había sabido

que ellos: Ham, Long Tom y Renny, habían sido detenidos.

—Y tengo una nota de mi hermano —añadió—. La dio a uno de los sirvientes.

—¿Una nota? —preguntó Ham.

—Sí. En ella Charlie dice que, con alguno de ustedes, vaya a buscar a un hombre llamado Monk. También indica que si él no regresaba, me pusiera en contacto con Doc Savage o alguno de ustedes.

Ham exclamó:

—¡Pero si nosotros no podemos encontrar a Doc Savage!

La joven asintió.

—Lo comprendo —dijo—. Pero da la casualidad de que yo sé a dónde se fue.

—¿Usted lo sabe? —balbuceó Ham, con asombro, al ver que la muchacha conocía los movimientos del hombre de bronce.

—Sí —aseguró Annabelle—. Verá: hablé con Doc Savage antes de marcharse y me dijo que no quería facilitarles demasiada información en esa nota. Temía que no llegara a manos de ustedes. Por tanto, yo debía darles el resto del mensaje.

Ham captó la mirada que Renny le dirigió. A lo menos, los ayudantes de Doc Savage lo sabían, la joven decía la verdad en una parte de sus manifestaciones: la de la nota que dejara Doc. De lo contrario, ¿cómo sabía ella que Doc dio el mensaje al dueño del garaje?

Ham preguntó:

—Entonces, ¿dónde está Doc?

—Se marchó en dirección al Ártico —contestó la joven—. Tiene la pista del paradero del llamado Monk.

Los tres ayudantes extrañaron la noticia.

Annabelle Nickerson estaba visiblemente preocupada.

—Y mi hermano Charlie —añadió—, corre peligro también. Yo les acompañaré. He visto un aeroplano en el campo. Soy aviadora y conozco palmo a palmo el Norte del Canadá. En una ocasión acompañé a Charlie en un viaje de estudios por la región del Norte.

Ham sonrió; la muchacha le gustaba y creyó que decía la verdad. ¡Y era valerosa, pues se atrevía a acompañarles!

—No podremos partir —dijo—. Estamos encerrados en esta celda, porque nos han tomado por malhechores.

Annabelle sonrió a Ham y murmuró:

—Aguarde un momento. Hablé al teniente cuando vine. Y estoy enterada de los derechos que alega su amigo sobre la finca de Mayfair. Expliqué al teniente que ustedes habían sido víctimas de un engaño.

Esto diciendo, la joven fue a una puerta que daba a una especie de oficina.

Renny exclamó:

—¡Por la Vaca Sagrada! ¡Si esta muchacha pudiera sacarnos de aquí!

Long Tom resopló:

—¡Ham se enamora siempre de una cara bonita! Me gustaría saber qué se propone ella.

Ham declaró:

—Creo que esa joven dice la verdad.

Cuando Annabelle Nickerson volvió con el carcelero, vieron que tenía influencia.

Pues el carcelero abrió la puerta de la celda y dijo:

—Quedan ustedes en libertad; tienen mucha suerte.

CAPÍTULO X

LA ISLA DE LA MUERTE

UNAS seis horas más tarde, el aeroplano donde iban la muchacha Annabelle Nickerson, Ham, Renny y Long Tom se hallaba a centenares de millas al Norte de la finca de Monk.

La costa del Labrador había quedado atrás. Apenas habían visto la parte oriental de los estrechos de Hudson.

El aeroplano se mantenía a diez mil pies de altura, sobre los estrechos Davis, cercanos al círculo Ártico, y volaba a más de doscientas millas por hora.

Por el momento, Renny estaba en el puesto de pilotaje. La joven iba sentada a su lado; le había relevado varias veces. Hasta el ingeniero quedó impresionado por los conocimientos que la joven tenía del Norte del Canadá.

Le recordaba a la prima del gigante de bronce: Pat Savage. Las dos eran valerosas.

Pero en la cabina Long Tom seguía discutiendo con el pulido y atildado Ham.

Long Tom se quejaba:

—Todavía desconfío de ella. Tú te has prendado de su hermosura y estás ciego. ¡Tú y Monk os enamoráis enseguida de una muchacha bonita!

Ham frunció el ceño.

—Esta es diferente —insistió—. Nos sacó de la cárcel y quiere ayudarnos.

—Probablemente tiene un motivo para hacerlo —repuso Long Tom.

Con un dedo señaló hacia la ventanilla de la cabina. No se veía, a derecha e izquierda, más que agua.

A unas doscientas millas al Este, estaba la parte Norte de Groenlandia; casi a igual distancia, la isla Baffin.

—¿Qué puede hacer Doc por estos parajes? —preguntó el mago de la electricidad.

—Eso queremos averiguar —repuso vivamente Ham.

—Sí —gruñó Long Tom—. Pero ¿por qué no hemos tenido noticias de Doc? En la nota advertía que se pondría en contacto con nosotros.

AL oír estas palabras, Ham mostróse preocupado. Precisamente le inquietaba el silencio del gigante de bronce.

Desde hacía un par de horas habían estado llamando, a regulares intervalos, a Doc Savage por medio de la emisora de onda corta.

No habían obtenido respuesta.

Ham dijo:

—Repito que la muchacha merece toda nuestra confianza. Fíjate en que nos dio las instrucciones de Doc. Nos daba la longitud y latitud de la isla cercana al Círculo Ártico.

—Puede ser una nota falsa —repuso Long Tom.

—La letra era de Doc —replicó Ham—. Esto demuestra que se vió con la joven —Suspiró, añadiendo—. ¡Eres el tipo más incrédulo que he conocido en mi vida!

Long Tom se encogió de hombros.

—Sigo desconfiando —rezongó.

Ham no desconfiaba, pero también estaba preocupado por las instrucciones que, al parecer, Doc Savage diera a la muchacha.

En primer lugar, ¿cómo sabía Doc que aquella isla solitaria se hallaba cerca de los estrechos de Davis, a muchas millas de la costa de Groenlandia? ¿Por qué iba allí?

Además, ¿por qué razón Doc no había intentado ponerse en contacto con ellos?

Era un misterio.

Pero Ham hubiera comprendido esa parte del misterio, de haber sabido qué pasajero llevaba Doc en su aeroplano.

EL pasajero era un cautivo, que iba, atado de pies y manos, sentado junto al gigante de bronce. También estaba sujeto al asiento. Los dos animalejos, "Habeas" y "Química", también iban en el puesto de pilotaje.

La cabina del aparato indicaba que allí se había librado una

batalla. Cajas y maletas estaban tiradas por el suelo.

El hombre que se hallaba sentado al lado de Doc Savage tendría un metro ochenta de estatura. Tenía en la cara una vieja cicatriz producida por un cuchillo.

Doc Savage encontró al sujeto escondido en el aparato, en el campo cercano a la finca de Mayfair. Hubo una tremenda batalla. Sometido al fin el individuo, Doc le administró el suero de la verdad.

EL suero de la verdad era un producto descubierto por el gigante de bronce.

Administrado a un hombre que se resiste a hablar, le pone el alma abierta, ansiosa de liberarse, dispuesta a las declaraciones fáciles.

El cautivo, que al parecer se llamaba Waldo, había hablado de una isla solitaria, situada cerca del estrecho de Davis, frente a la costa de Groenlandia.

El individuo intentó, desesperadamente, ocultar la información. Tuvo la fuerza de voluntad de no revelar nada más, cuando Doc le halló escondido en el aeroplano y le administró el suero de la verdad.

Pero, al mencionar la solitaria isla, a Waldo se le escapó algo relacionado con Monk. No gran cosa; lo suficiente para que Doc Savage supiera que Monk estaba prisionero en la isla situada a mil millas al Norte.

Doc le administró otra inyección del suero de la verdad y el cautivo perdió el conocimiento.

Poco después el gigante de bronce se encontró con Annabelle Nickerson, antes de partir rumbo a la isla cercana al Círculo Ártico.

Hacía horas que Doc Savage pilotaba el aparato. Y hacía unos momentos que Waldo, el cautivo, había recobrado el conocimiento.

Por la mirada vaga de los ojos del sujeto, era evidente que sentía aún los efectos del suero.

Doc dijo:

—Me hablaste de la isla de los estrechos de Davis. ¿Por qué llevaron allí a Monk?

EL cautivo se quedó sorprendido al encontrarse atado al asiento. Miró preocupado hacia la ventanilla y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Dentro de unos momentos —contestó—, estaremos encima de la Isla de la Muerte. Es el lugar que mencionaste cuando estabas bajo los efectos de la droga.

—¿De la droga?

Doc Savage le habló del suero de la verdad.

—Y hablaste —explicó.

Waldo, a pesar de su corpulencia y aire beligerante, se asustó.

—¿Qué le dije? —exclamó, receloso.

—Que uno de mis ayudantes llamado Monk está prisionero en la Isla de la Muerte —respondió Doc Savage, tranquilamente.

Waldo hizo un esfuerzo para callar, pero sentía aún los efectos del suero. Y farfulló:

—Sí, está prisionero.

—¿Por qué lo llevaron allí? —interrogó Doc.

—Van a obligarle a que ayude…

Waldo se interrumpió, intentando callar lo que iba a decir. Era evidente que luchaba contra los efectos finales de la droga. Tenía la frente perlada de sudor.

—¡No hablaré! —exclamó finalmente.

Fue imposible hacerle revelar lo que estuvo a punto de decir acerca del peludo químico.

Dentro de media hora oscurecería, pues eran cerca de las diez de la noche.

Doc Savage divisó la isla, que estaba separada de tierra firme por centenares de millas de mar.

La Isla de la Muerte era un nombre apropiado para aquel lugar. Desde la altura en que volaba el gigante de bronce, podía ver que estaba compuesta, principalmente, de una gigantesca sábana de hielo. La extensión de la isla era muy grande.

Doc Savage calculó que tendría cien millas de largo por cincuenta de ancho.

La sabana de hielo, sembrada de cerros, extendíase desde el centro de la isla hacia fuera.

Doc Savage perdió altura descendiendo sobre una línea de la costa. La zona costera, más baja que el interior de la isla, presentaba partes herbosas, mejor dicho, estaba llena de arbustos.

El aire no era frío.

Esta isla, calculó Doc Savage, sería algo similar a Groenlandia,

situada a unas doscientas millas al Este. En los meses de verano —estaban en agosto, el clima era benigno. Hasta en Groenlandia cultivaban lechugas y zanahorias en el estío.

En una cosa se diferenciaba: no había señales de que estuviera habitada.

Doc Savage continuó descendiendo y voló en dirección al Sur, a lo largo de la línea costera occidental. Distinguió numerosos fiords. El hielo cubría la isla a pocas millas al interior.

Doc contempló a su cautivo.

—¿Monk está prisionero ahí? —le preguntó.

Waldo asintió.

—No hay más que un par de hombres en ese lugar —dijo de mala gana—. Y algunos esquimales.

—¿En qué parte de la isla? —quiso saber Doc.

—Siga volando hacia el Sur y lo veremos dentro de un momento.

Oscurecía rápidamente. Quedaba poco tiempo si querían encontrar el lugar a que Waldo se refería.

Pero al cabo de un rato el cautivo inclinase hacia la ventanilla, diciendo:

—¡Ahí está! Es aquella caleta o desembocadura de un río.

Doc miró.

Hubiera sido fácil pasar el lugar sin divisarlo. Pero volando bajo, distinguió las chozas y los botes kayaks varados en la playa. Pronto divisaron a varios hombres.

Waldo dijo:

—Son los esquimales. Ignoran que su ayudante está prisionero. No están enterados de nada.

El hombre de bronce no hizo ningún comentario. Bajo los efectos del suero de la verdad, el individuo había facilitado ciertos detalles. Pero ¿qué había callado?

Lo que allí había era un enigma.

Doc voló dos veces sobre el lugar de aspecto desolado y luego descendió hasta que casi rozó las aguas del mar. Había varias docenas de kayaks en el agua ahora, que habían sido botados para investigar el misterio del gigantesco pájaro, que así llamaban al aeroplano. Unos esquimales se hallaban en los botes.

Los esquimales eran inofensivos. Tal vez Doc podría alistarlos

para buscar a Monk. Había a lo menos veinticinco hombres en los kayaks, y parecían tener mucho interés en ver quién estaba en el aeroplano. Doc posó el aeroplano sobre las aguas, deslizándose hacia los kayaks que se aproximaban, y luego paró los motores. Soltó un ancla y saltó a un ala. Habían llegado a tiempo, pues era ya casi de noche.

Los esquimales acercábanse en sus pequeños botes.

Doc volvió al puesto de pilotaje y soltó al cautivo, diciéndole:

—¡No intente escapar!

Waldo miró al gigante de bronce y asintió con la cabeza.

Doc saludó en la lengua de los esquimales.

Hubo respuesta. En inglés, y el que contestó gritó:

—¡No te muevas, Doc Savage, o te acribillaremos!

Sonó un tumulto de voces y gritos de excitación.

Alguien chilló.

—¡Doc Savage ha caído en la trampa!

Los kayaks estaban ya muy cerca. Lo que el hombre de bronce tomara por esquimales de oscura piel, eran pistoleros de faz patibularia que se habían pintado la cara de oscuro. Aparecieron numerosas pistolas.

Doc se volvió hacia el hombretón que había sido su cautivo. La expresión del rostro del hombre de bronce aterró al individuo, que gritó lleno de espanto:

—¡Estad alerta! ¡Vigilad a Doc Savage!

Una pistola rugió. La bala rozó la cabeza del gigante de bronce. Alguien gritó:

—¡Ríndete, Doc Savage!

Pero el gigante de bronce, lanzándose al agua, desapareció debajo de la superficie.

El agua estaba fría como el hielo, pero Doc se encontraba en excelente forma y pudo resistir la baja temperatura.

Salió a la superficie a unos ciento cincuenta metros de distancia, echó una mirada en torno suyo, y volvió a zambullirse.

Los hombres de los botes habían estado gritando furiosamente. En la playa, numerosos individuos vigilaban y encendían antorchas.

Doc se dirigió a la costa rocosa. Salió a la superficie dos veces más. Probablemente la oscuridad le salvó la vida; no le veían.

Pero sabían que, tarde o temprano, el gigante de bronce tendría

que poner pie en tierra.

La tercera vez que salió a la superficie vió que los hombres, llevando antorchas encendidas, se extendían en todas direcciones, registrando la caleta y sus alrededores.

Dentro de breves instantes llegarían al lugar donde se hallaba. Zambullóse una vez más y nadó furiosamente hasta que sus pies tocaron fondo. Luego, silenciosamente salió del agua y ganó la costa rocosa. Los perseguidores se aproximaban.

Pero Doc Savage, con pasmosa rapidez, trepó las rocas. Su figura se fundió con las tinieblas de la noche. Retiróse rápidamente de la costa.

Sus perseguidores gritaban furiosos. Encendieron más antorchas. La persecución continuaba.

La cuestión era: ¿encontraría un lugar donde esconderse y podría sobrevivir en esta isla yerma y desolada?

CAPÍTULO XI

LA BUSQUEDA

A medianoche, seguían buscando a Doc Savage en la Isla de la Muerte.

No había luna y la noche era negrísima. Los perseguidores del hombre de bronce usaban improvisadas bengalas que arrojaban largas y fantasmales sombras sobre el terreno rocoso.

AL principio, la persecución de Doc fue una cosa desorganizada. Pero ahora la hacían sistemáticamente.

Partiendo de una base cercana al lugar donde el aeroplano de Doc amarara, los perseguidores habíanse dividido en pequeños grupos.

Cada uno de éstos registraba una determinada zona. Cada hora mandaban un mensajero para informar sobre el resultado de la búsqueda. Tenían un motivo para hacerlo.

La noche iba tornándose muy fría. Habían encendido una gigantesca hoguera cerca de la costa, y los diversos grupos regresaban a intervalos para calentarse un poco.

Dos hombres hallaron a "Habeas" y a "Química" escondidos en la cabina del aeroplano y los llevaron a tierra. Waldo, el ex cautivo de Doc Savage, habló de los animalejos, y los hombres rieron ruidosamente cuando llegaron a bordo de un kayak.

Al instante dejaron de reír. En cuanto los dos animales pusieron patas en tierra, decidieron huir.

“Habeas" mordió al hombre que le llevaba; éste, asustado, le soltó. Y el cerdito, lanzando chillidos, huyó como alma que persigue el diablo.

“Química" le imitó, después de casi arrancar una oreja de su aprehensor.

Alguien disparó sobre los dos animalejos. Las balas rebotaron en las rocas a corta distancia de la costa.

Pero en las tinieblas que envolvían el terreno fuera del radio iluminado por las bengalas, era imposible saber si las balas tocaron o no a los animalejos.

Alguien gritó:

—¡No disparéis más! ¡El jefe quiere atrapar vivo a ese hombre de bronce!

Desde lo alto de un acantilado, a media milla de la costa, Doc Savage oyó la orden. Su extraordinario sonido de audición la captó, palabra por palabra.

Muchos criminales habían intentado matar al gigante de bronce, pero él siempre frustró tales intentos. Estos bandidos querían capturarlo vivo.

¿Por qué?

Las antorchas se aproximaban.

Doc Savage se adentró en las zonas desoladas que constituían la mayor parte de la isla de la Muerte.

Durante la noche los animalejos le encontraron.

"Habeas" jadeaba; habiale costado un trabajo enorme trepar los acantilados.

"Química" lo hizo con cierta facilidad, aunque tiritaba de frío.

Doc Savage quitóse la americana y con ella envolvió al chimpancé. Tenía las ropas casi secas, pues había caminado rápidamente y el calor de su cuerpo las había secado.

Había muchos arbustos entre las rocas, y con los cuales hubiera podido encender una hoguera. Pero era peligroso hacer semejante cosa.

Acompañado de los dos animalejos, siguió internándose en la isla. No se atrevía a usar una antorcha eléctrica.

El camino tornábase más pendiente. Continuamente iba subiendo a mayor altitud. La vegetación era menor cuanto más subía, hasta que al fin no vió ya ninguna. El aire era más frío.

Doc Savage recordó la sabana de hielo que observara desde el aeroplano: el gigantesco glaciar que formaba la mayor parte de la isla, y al cual sin duda se iba acercando.

Pero era el único sitio que le ofrecía cierta seguridad. Si regresaba a la línea costera, sus perseguidores le encontrarían. Y no

estaba aún preparado para ello.

Pues llevaba pocas armas defensivas. La partida del aeroplano fue demasiado súbita, aunque llevaba aún su chaleco especial y, en sus muchos bolsillos, varios objetos que solía utilizar.

¿Serían suficientes en este lugar desolado?

La ruta era, además, peligrosa.. Tenía que confiar en sus sentidos, singularmente adiestrados, para guiarse. Había observado que el cerro que escalaba circundaba el comienzo de un fiord.

Las paredes rocosas del fiord se elevaban constantemente. La Muerte le aguardaba en el abismo si caía por el borde.

A la una de la madrugada las luces septentrionales iluminaron la ruta del hombre de bronce.

Las luces septentrionales, la aurora boreal, apareció como brillante tapiz de verdes, rojos y amarillos brillantes en los cielos.

Doc Savage pudo ver claramente el camino.

Pero, detrás suyo, el resplandor de las antorchas le seguían todavía, implacablemente, el rastro.

Durante la noche oyó el lejano ronroneo del motor de un aeroplano que volaba a miles de pies de altura. Inmediatamente pensó en Renny y en los otros compañeros.

Parte del pequeño equipo que Doc llevaba encima era una diminuta radio receptora, tan minúscula que cabía en un bolsillo del chaleco especial.

Sin embargo, captaba las emisiones de onda corta a considerable distancia.

Usó la radio receptora, aplicándola a sus oídos. Escuchó atentamente.

Si Renny y otros compañeros se hallaban en aquel aeroplano, emitirían una llamada, intentando ponerse en contacto.

No captó nada. Percibió un continuo ruido que impedía la recepción.

Era extraño. Debería haber oído algo, aunque tan sólo fuesen señales lejanas de barcos que se hallarían en alta mar.

El frío iba tornándose más intenso.

Poco después del amanecer, el segundo aeroplano voló sobre la Isla de la Muerte.

Volaba mucho más bajo que el que pasara a mayor altura durante la fría noche. Casi rozaba los salientes rocosos.

Doc Savage emergió de la cueva situada en un acantilado rocoso. Sus ropas se confundían con el de la roca sobre la cual se hallaba parado. Permaneció inmóvil. Había ordenado a los dos animales, "Habeas" y "Química", que se metieran en la cueva.

Observó las maniobras del aeroplano; el cual comenzó a trazar círculos, explorando el terreno.

Poco después sonó otro motor en la lejanía. Pronto el segundo avión pasaba a corta distancia.

Los ojos dorados del gigante de bronce centellearon. Continuó mirando.

Era su propio aeroplano.

Al ver los dos aparatos, comprendió que los bandidos de la Isla de la Muerte debían tener uno. Utilizaban los dos paró buscarle. Y, al parecer, la búsqueda iba a continuar noche y día hasta que lograran localizarle.

Aventurarse a salir de día era arriesgado, pues existía la posibilidad de que le viesen.

Si era necesario, Doc Savage podía pasar varios días sin probar bocado.

Pero los dos animales iban ya poniéndose nerviosos e inquietos. Habían estado buscando algo que comer en la caverna.

Sólo de noche podía aventurarse a salir a buscar comida, y en terrenos más bajos, donde había alguna vegetación. Lo cual significaba que habría de volver sobre sus pasos, en dirección hacia los que le buscaban.

Sus perseguidores debieron comprenderlo, pues durante el día los aeroplanos no cesaban de explorar el terreno.

¡Y por la noche, cuando reinaba la oscuridad, arrojaban bengalas!

Bengalas brillantes que ardían a lo menos durante una hora. Cuando una comenzaba a extinguirse, tiraban otra. Grandes zonas quedaban iluminadas brillantemente.

La búsqueda continuó durante toda la noche. Y durante el día siguiente.

Transcurrieron tres días.

A la mañana del cuarto día, llegó a la base, desde donde los grupos de perseguidores exploraban el terreno, un esquimal que parecía centenario.

Llevaba a la espalda un bulto de pieles preciosas de animales que debió atrapar en alguna parte de la isla.

Aunque el día era caluroso, llevaba una gorra y ropas de pieles que le hacían aparecer más corpulento. Para ser un viejo, parecía fuerte y robusto. El sol y el viento habían arrugado sus facciones morenas.

En lengua esquimal solicitó hablar con el jefe de los hombres.

Pocos le comprendían; solamente los que conocían unas palabras esquimales. Mandaron buscar a un hombre que serviría de intérprete.

Alguien dijo:

—Háblale, Lou. Tú entiendes su jerga.

Lou preguntó al esquimal qué deseaba. El anciano contestó:

—¿Buscan ustedes a alguien?

Los ojos de Lou se contrajeron. Era un hombrecillo de ojos recelosos y aire siniestro.

En la lengua del viejo preguntó:

—¿Qué quiere decir, abuelo?

El viejo movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Ustedes buscan al hombre que tiene la piel del color del sol al oscurecer. El hombre es muy grande. ¿Me equivoco?

Lou dio un respingo. Volviéndose hacia los que le acompañaban, exclamó excitado:

—¡Este vejete sabe el paradero de Doc Savage!

—¿Tú sabes dónde está ese hombre? —preguntó Lou.

El anciano asintió.

—Conozco el camino —dijo—. Puedo conducirles allí. Tal vez me comprarán ustedes algunas pieles…

Lou soltó una carcajada y dijo:

—Te las compraremos todas, si sabes dónde podemos encontrar a ese hombre de bronce. ¡Vamos! Será mejor que tú mismo hables con el jefe.

Abrió la marcha hacia una de las chozas. Entraron en el interior y la cruzaron.

Pues en la parte trasera, donde estaba construida contra una inclinación de tierra, el viejo esquimal se encontró en la caverna natural que formaba una enorme y abovedada habitación subterránea.

CAPÍTULO XII

EL RASTRO

EN el interior de la caverna, Lou se volvió hacia el viejo esquimal y le preguntó:

—¿Qué te parece esto, abuelo?

Varios bandidos le rodearon, sonriendo y moviendo negativamente la cabeza. Uno de ellos fue el portavoz de la banda.

—Es una lástima que el viejo no pueda apreciarlo debidamente —dijo.

—Lo ha dejado estupefacto —comentó otro.

La caverna parecía producto de una imaginación fantástica.

En primer lugar, parecía ser un gigantesco laboratorio. Había por todas partes retortas, tubos de ensayo e instrumentos químicos. El lugar estaba iluminado por electricidad, en el fondo ronroneaba una turbina.

AL parecer, era la fuente de la fuerza de aquel laboratorio subterráneo.

Sobre estantes, a lo largo de las altas paredes, había toda clase de aparatos.

Tambores de productos químicos, ácidos y material eléctrico que todavía no habían puesto en uso.

Pero lo más espectacular era la fila de hombres, que llevaban batas o delantales de laboratorio, y trabajaban en las numerosas mesas. No tenían el rostro de los que acompañaban al cazador esquimal. No parecían pistoleros.

Veíase en la cara de los que trabajaban en varias partes del extraño laboratorio, el sello de la inteligencia. El sello de la inteligencia y… algo más.

¡La desesperación!

Tenían los rostros tensos y surcados de arrugas. Era fácil ver la causa. Eran cautivos, que estaban forzados a trabajar en el fantástico laboratorio.

Hallábanse encadenados, por un pie, a una estaca de acero que estaba empotrada en el suelo.

Quizás el viejo esquimal entendió el significado de esto. Miró fijamente, sin hablar, el extraño espectáculo. Pistoleros de faz siniestra, con armas enfundadas al cinto, iban de un lado a otro. De vez en cuando, uno de ellos hablaba a alguno de los trabajadores con voz gruñona.

Un hombre cruzó el lugar y se detuvo en las diversas mesas y en los bancos de trabajo, recogiendo papeles que parecían ser una especie de informes, o tal vez el resultado de las pruebas de unas fórmulas. Había en dichos papeles extrañas letras y números.

Lou sonreía al ver el asombro reflejado en la cara del viejo esquimal. Le instó a seguir andando.

—Esto no es nada, abuelo —dijo—. Vamos. Encontraremos a Lucky en uno de los otros talleres.

Continuaron la marcha a través de la caverna hasta otra sala subterránea, similar al primer laboratorio. Pasaron a otra.

Las cavernas constituían una serie de salas de formación natural que seguían un acantilado rocoso, a lo largo de la costa de la montañosa isla.

A alguna distancia del punto donde entraron por medio de las chozas de aspecto inocente, había una caleta, que era el comienzo de uno de los muchos fiords, de altas paredes, que cortaban la isla en distintos sitios.

Y en éste, donde las paredes rocosas se elevaban a enorme altura, una entrada arqueada conducía a una caverna situada al nivel del mar.

La entrada a lo que parecía un canal subterráneo era de gigantesco tamaño.

¡Dentro mismo de la gigantesca entrada estaba anclado un aeroplano de grandes dimensiones!

Un sendero conducía desde uno de los extraños laboratorios hasta la orilla del agua.

Parecía haber una corriente, como si el agua que por allí pasaba proviniera de un río subterráneo.

EL ruido de la potente turbina procedía de esta última caverna.

Un hombre llegó por un sendero que partía de una de las cuevas.

Lou dijo rápidamente:

—Ya hemos llegado, abuelo. Aquí está el jefe. Le presento a Lucky Napoleón.

Una cosa encajaba con el nombre de Napoleón. Era un hombre bajo y regordete con el aire de un general. Pero eso era todo.

Su rostro tenía un aire siniestro. Sus propios secuaces no podían resistir su mirada.

Lucky Napoleón llevaba el uniforme de un oficial del ejército, aunque no el de un país determinado. Más bien parecía creación del propio Lucky. Tenía mucha trencilla de oro y adornos de fantasía suficientes para una docena de uniformes. Parecía creer que estaba dotado de un gran poder, es decir, creíase un gran personaje.

En un sentido, no se equivocaba.

Lucky Napoleón era el más grande bribón que jamás tuviera que huir de Europa. Sus proyectos eran fantásticos, de gran envergadura. Era un verdadero demonio.

Lucky Napoleón miró a Lou y al viejo esquimal.

—¿Qué hay? —interrogó en tono imperioso.

Lou informó que el viejo esquimal, que acababa de llegar, aseguraba conocer el paradero de Doc Savage.

—¡Sabe dónde está el hombre de bronce! —repitió Lou, preso de viva excitación.

—¿Entonces, qué esperas? —replicó Lucky Napoleón—. ¡Manos a la obra! ¡Vete con él y captura a Doc Savage!

¡O. K., jefe ¡ —respondió Lou rápidamente—. Pero queríamos que usted lo supiera.

Interrumpióse al oír un tremendo tumulto, que provenía de un extremo de la caverna. Parecía como si hubiesen soltado a un oso.

—¡Maldita sea tu estampa! —chillaba una voz—. ¡No quiero hacerlo!

Era la voz del químico Monk Mayfair.

Se oyeron golpes y, seguidamente, reinó el silencio.

Una sonrisa torva jugueteó en los labios de Lucky Napoleón. Mirando a Lou, comentó:

—Te apuesto diez contra cinco a que mañana ese individuo obedece las órdenes.

Tras una pausa, añadió:

—Que no se le dé nada de comer durante veinticuatro horas. ¡Domaré a ese sujeto!

Lou hizo una seña a uno de sus ayudantes, y éste fue a la contigua caverna donde se había producido el tumulto.

—Muy bien —dijo Lucky Napoleón:— ¡Ponte en marcha con este vejestorio!

Lucky Napoleón había estado tirando por alto una moneda mientras daba órdenes. La moneda había caído de nuevo en la mano derecha, y ahora había cerrado el puño, que mostró a Lou en tanto que le miraba.

Debía ser un juego que jugaban a menudo, pues Lou frunció el ceño mientras lo miraba pensativo.

Luego exclamó:

—¡Cruz!

Lucky Napoleón replicó: —Cincuenta que es cara.

—O. K. —asintió Lou.

El jefe de la banda abrió la mano. La moneda, salió "Cara". Lucky Napoleón sonrió ligeramente.

—Me debes ahora doscientos cincuenta —dijo—, y se alejó.

—¡Siempre gana! —se quejó Lou.

El grupo que partió en busca de Doc Savage salió media hora después.

La cueva situada en las alturas, en un saliente montañoso, mostraba señales de estar habitada. Había algunas provisiones.

Pescado, sin duda cogido en alguna parte de la costa. Restos de varias clases de moras silvestres. También se veían rescoldos de un fuego.

Pero no había nadie.

Lou, a quien acompañaban unos diez de sus siniestros secuaces, miró al viejo esquimal.

—Tenía usted razón, abuelo —dijo—. Doc Savage ha estado aquí. Pero ¿dónde está ahora?

El vejete, encorvado de hombros y vestido con pieles abrió la marcha hacia el exterior del rocoso escondrijo. Cuidadosamente caminó por un estrecho saliente que bordeaba la pared del acantilado.

Señaló. Una parte del estrecho saliente —apenas tenía

veinticinco centímetros de anchura— se había desmoronando cayendo al fondo del fiord.

Lou y sus secuaces miraron.

—¿Usted cree que el hombre de bronce cayó al fiord cuando ese saliente se desmoronó? —inquirió.

El esquimal movió afirmativamente la cabeza y señaló otro pequeño saliente de roca a unos tres metros más abajo.

Veíase allí un líquido rojo.

Lou comprendió y también, sus secuaces.

Uno exclamó:

—¡Doc Savage, al caer, se dio un golpe contra ese trozo de roca!

Esta pareció ser la general creencia.

Pasaron un rato buscando a los dos extraños animalejos: el raquítico cerdito y el chimpancé. No los encontraron. Creyeron entonces, que ambos animales se habían lanzado, desde una altura de setecientos metros, al fiord, donde morirían.

Regresaron al cuartel general de la banda y dieron la noticia a Lucky Napoleón. Opinaban que el viejo esquimal era un héroe. De no haber sido por él, no se habrían enterado del fin de Doc Savage.

Lucky Napoleón desgranó un rosario de maldiciones al oír el resultado de la búsqueda.

—¡Ahora estamos en un aprieto! —exclamó.

Lou indicó:

—Pero capturaremos al otro. Y si podemos encontrar a los del aeroplano...

Cosa extraña, Lucky Napoleón se calmó enseguida. Miró a Lou, y dijo:

—Tengo un trabajo para el abuelo. Le pondremos de guardián de estos sujetos.

Señaló a los hombres encadenados: los prisioneros que realizaban experimentos en el fantástico laboratorio.

Lou fue quien comunicó al viejo esquimal el trabajo de guardián que le habían asignado.

Luego Lucky Napoleón llamó a sus ayudantes y desaparecieron entrando en una caverna contigua. El viejo esquimal se quedó con uno o dos de los otros guardianes.

Una puerta daba acceso a la contigua caverna. En cuanto Napoleón hubo entrado con sus secuaces, volvióse diciéndoles:

—¡Escuchad, cretinos! Vamos a utilizar como cebo al sujeto que se parece a Monk.

Todos le miraron como interrogándole.

Fue Lou quien, intrigado, preguntó:

—No lo entiendo, jefe.

—¡Idiotas! —rugió Lucky Napoleón—. ¡Tenemos que tenderle una trampa a ese hombre de bronce!

Los secuaces seguían sin comprenderle.

—¡Doc Savage está muerto! —exclamó Lou—. Nosotros hemos visto dónde…

Las duras facciones de Lucky Napoleón se contrajeron de furia.

—¡Muerto! —rugió—. ¡El esquimal es Doc Savage!

CAPÍTULO XIII

SIN DIRECCIÓN

DURANTE el resto del día, Doc Savage, sin perder un detalle de la topografía de la caverna, tomaba mentalmente notas de los extraños experimentos que realizaban en el lugar llamado Isla de la Muerte.

Pues Doc, como Lucky Napoleón informara a sus secuaces, era el anciano esquimal.

La noche anterior, se encontró con la desierta choza del cazador que se alzaba en la lejana línea costera de la isla.

Rápidamente pensó en el disfraz que le permitiría esclarecer el misterio de la Isla de la Muerte.

Los animalejos quedaron en su lugar seguro, lejos del campamento de donde partían los grupos que le buscaban. Una clase especial de tinte de la piel y un cuidadoso uso de colodio convirtió sus facciones bronceadas en las de un viejo esquimal.

El encorvamiento de los hombros y unas tapas de material plástico ajustado a los ojos, completaron el disfraz.

Ahora, sin que nadie le molestara, iba de un lado a otro en calidad de guardián, por los laboratorios, de Lucky Napoleón.

No tardó mucho en averiguar que los cautivos eran todos químicos y hombres de ciencia. Los experimentos que realizaban lo demostraban.

Los cautivos eran obligados a trabajar. Un día observó que les daban de comer. Si el trabajo que habían hecho no era satisfactorio, no se les servía comida alguna.

¡Era un plan diabólico usado para forzar a unos hombres de ciencia a perfeccionar las fórmulas de un monstruo!

Mientras otro guardián le enseñaba las cavernas, Doc advirtió que una parte de los experimentos estaba dedicada a un nuevo tipo

de pequeña bomba de aviación.

Había otras cosas, todas ellas, como Doc viera, mortíferas armas de guerra.

Doc tuvo la impresión de que le vigilaban; sospechaban de él. La conducta de Lucky Napoleón le puso sobre aviso. Sin embargo, no se había hecho aún nada para capturarle. Pero esto tenía una explicación.

Doc recordó el intento de secuestro en Nueva York. Estos bandidos no querían hacerle un daño físico. Lo necesitaban para algo. Tal vez tenían el propósito de utilizar un nuevo método para capturarle, sin lucha ni derramamiento de sangre.

Pero ¿por qué retenían prisionero a Monk?

A Doc Savage no le habían enseñado ningún laboratorio donde Monk pudiera hallarse cautivo. Recordó la lucha librada antes, cuando Monk peleara con alguien.

Pero aun así, habían llevado al hombre de bronce a todos los laboratorios, y a aquella contigua caverna, y el peludo químico no estaba allí.

Había colosales almacenes subterráneos que contenían centenares de bidones de gasolina y aceite pesado. La instalación donde estaba la dínamo era ingeniosa.

Aprovechaban un río subterráneo. La hulla blanca, pasando por la colosal turbina, desarrollaba energía eléctrica para la maquinaria y el alumbrado.

El lugar era una verdadera instalación diabólica.

Aquella misma noche el segundo aeroplano volvió al hangar de la caverna.

¡El aparato del hombre de bronce!

Doc Savage tuvo gran cuidado en disimular que había reconocido a su propio hidroplano. Fingiendo creer, dado que era un esquimal, que los aeroplanos eran una especie de extraño pájaro, simuló miedo y asombro cuando el segundo aparato fue llevado a la caverna que conducía a la caleta.

Más tarde, aquella misma noche, supo que Monk había escapado.

Doc Savage, con dos de los guardianes —el hombre de bronce tenía la impresión de que no le dejaban solo porque sospechaban de él,— había ido a la playa para ayudar en algún trabajo.

Allí estaban cuando oyeron el grito que provenía de la primera caverna del otro lado de la choza.

Inmediatamente un hombre, de cortas piernas, salió de la cabaña y echó a correr hacia la costa.

Era la figura achaparrada y simiesca de Monk Mayfair.

Lanzando un grito salvaje, Monk huyó como alma que persigue el diablo.

Varios hombres salieron de la choza y de los laboratorios que había detrás, y, lanzando gritos, iniciaron la persecución del fugitivo químico.

Los dos guardianes que acompañaban a Doc se pusieron tensos. Uno asió de un brazo al hombre de bronce.

—¡Vamos, abuelo! —ordenó—. Tenemos que ayudar.

En su papel de viejo esquimal, Doc Savage no se delató a sí mismo cuando corría hacia la costa. Pudo fácilmente haber dejado atrás a los dos bandidos, pero corría haciendo un esfuerzo; como si le faltase la respiración.

Quedóse rezagado.

En cuanto los dos bandidos estuvieron bastante alejados, Doc se detuvo, dio media vuelta y echó a correr hacia la choza.

Entró, pasó a la caverna subterránea y fue a una abertura que había a un lado. Entró por ésta y vió una pesada puerta de acero. Estaba cerrada.

Abrióla levantando un pestillo y penetró en una cueva. Durante el día, había notado varias veces la abertura que conducía a la puerta de la cueva. Era el único lugar que no le habían enseñado.

Monk Mayfair estaba encadenado al suelo de la cueva. Un grueso candado sujetaba el aro de acero que le rodeaba el tobillo.

Monk no mostró el menor asombro al ver al hombre de bronce disfrazado de esquimal.

Dijo rápidamente:

—¡Doc, no engañaste a ese Lucky Napoleón! Les oí hablar de ti. Tenían el propósito de que el sujeto que se me parece, te llevara a un lugar donde querían atraparte.

—Lo sospeché —murmuró Doc Savage.

—¿Sí?

—Desde un principio.

Doc Savage tenía un manojo de llaves en la mano, que había

sacado de un bolsillo de su chaleco especial. Había ya probado una docena de dichas llaves.

De pronto, una fue bien al candado que se abrió, y el aro de acero que aprisionaba el tobillo de Monk cayó al suelo.

El velludo químico púsose en pie de un brinco.

—¡Ten cuidado! —advirtió el gigante de bronce.

Abrió la marcha, por el corto pasillo, hasta el laboratorio de la caverna.

Junto a una pared había varias literas duras y estrechas, en las cuales descansaban los cautivos que habían trabajado durante el día. En cada uno de las literas había, enganchada una corta cadena que, por el otro extremo, estaba ajustada a una pierna del cautivo.

Aquellos desgraciados prisioneros miraron a Doc y a Monk cuando cruzaron, corriendo, la larga habitación.

Doc y el velludo químico llegaron al pasillo que conducía a la otra caverna.

Cruzaron ésta presurosamente. Por el momento, no había nadie en la gran cueva que daba acceso a la caleta.

EL hidroplano de Doc Savage seguía anclado en el improvisado hangar, junto al sendero.

Monk saltó a bordo y empezó a examinar varios objetos mientras el hombre de bronce subía.

—El depósito está lleno de combustible —avisó el químico, en su voz chillona.

—Perfectamente —dijo Doc.

Estaba tranquilo, a pesar de la apurada situación en que se hallaban.

Pronto el motor del aeroplano comenzó a ronronear y momentos después el aparato se deslizaba hacia la salida de la abovedada cueva.

En ese instante, una pistola tronó detrás de ellos. Sonaron más tiros mientras el primero esparcía sus ecos por la caverna.

Los bandidos no disparaban contra Doc y su ayudante, sino sobre la carlinga, los motores y las alas. Querían inutilizar el aparato para que no pudiera despegar.

Sin embargo, la aleación metálica especial, conque estaban construidas las alas, resistió el tiroteo. Las balas rebotaron contra las paredes rocosas de la cueva.

El aparato salió a la caleta. Doc enfiló hacia el mar y dio todo el gas.

Segundos después remontábanse en el aire.

Pronto la desolada línea costera desapareció en la oscuridad. ¡Qué magnífico escondite para un hombre como Lucky Napoleón!

Nadie sospecharía nunca que en esta isla solitaria y desolada había un laboratorio tan diabólico.

Doc Savage, desde el puesto de pilotaje, murmuró:

—Probaremos de ponernos en contacto con Renny y los otros. Probablemente siguen buscándonos.

Pero el intento de establecer contacto con la emisora de onda corta fue un fracaso. Durante media hora, Doc Savage siguió llamando al otro aparato.

Aunque no estuviese volando, debería haber contestado.

Pues, sin duda, Renny y sus compañeros estarían probando de ponerse en comunicación con Doc Savage. Habían recibido órdenes de hacerlo.

Finalmente, Doc dijo preocupado:

—Ocurre algo.

Mencionó brevemente el aeroplano que pasara a gran altura por encima de la isla, cuando, con los dos animalejos, se refugió en la cueva.

—Sin duda, eran Renny y sus compañeros —dijo.

Monk asintió, después de haber explicado que el aeroplano de Lucky Napoleón no había salido del hangar de la cueva aquella noche.

EL hombre de bronce estaba pensativo cuando manipulaba la radio. Trataba de captar alguna emisión que pudieran radiar Renny y sus compañeros, y probaba diversas ondas.

—Es extraño —musitó.

—¿Qué pasa, Doc? —inquirió Monk.

—La radio no capta nada —anunció Doc Savage—. Y deberíamos oír algunas emisoras del Canadá, por ejemplo, de Montreal o Toronto.

—¿Y no las puedes coger? —preguntó Monk.

Doc movió negativamente la cabeza. Finalmente dijo:

—Recientemente, entre Europa y los Estados Unidos, se han observado algunas manchas solares que afectan a las emisiones de

radio. Tal vez esto sea una explicación.

Monk había estado observando el panel. De pronto lanzó una exclamación.

—¡Mira! —dijo.

El hombre de bronce ya lo había visto.

El compás giraba vertiginosamente, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Estaba inutilizado.

Monk exclamó:

—Doc, debe haber alguna perturbación atmosférica. ¿Cómo podremos saber a donde vamos?

Doc continuó observando el compás y finalmente dijo con aire ceñudo:

—No podremos saberlo. Tendremos que volver a la isla.

Afortunadamente, la Isla de la Muerte era aún un puntito en la noche oscura.

Doc puso de nuevo rumbo hacia aquella tierra.

Hacer otra cosa, hubiera sido suicida, pues estaban rodeados de agua por todas partes, y sin un compás podrían volar hacia el Ártico, sin saberlo.

Habían perdido todo sentido de dirección. Durante la noche volvieron a amarar junto a la costa de la Isla de la Muerte.

CAPÍTULO XIV

LA CAPTURA

MONK se preocupó al instante por su cerdito "Habeas".

Pero Doc Savage había pensado en los animalejos antes de amarar. Parando los motores, deslizóse hacia un lugar situado a varias millas del cuartel general de Lucky Napoleón.

Tuvo que arriesgarse a utilizar las luces de aterrizaje, pues sabía que podría haber arrecifes junto a la costa.

Aterrizaron sin novedad y extinguieron las luces. Doc abrió la marcha en dirección al interior, hacia el lugar rocoso donde dejara a "Habeas" y "Química".

Explicó: —No pasan hambre.

Añadió que había dejado a los animales un poco de pescado seco, que encontrara en la abandonada choza del cazador de pieles. Y había trozos de pieles, que los abrigaban.

Poco antes de romper el día los encontraron. Estaban acurrucados en el interior de una cueva, asustados, pero sanos y salvos.

"Habeas" saltó alegremente a los brazos del peludo químico. Doc Savage cogió al chimpancé, diciendo:

—No tenemos mucho tiempo.

Monk miró al gigante de bronce.

—¿Quieres decir que vamos a volver al maldito laboratorio? —preguntó.

Doc asintió.

—Hay demasiadas cosas que están envueltas en el misterio —dijo mientras volvían a la costa—. Y hay que rescatar a los prisioneros.

Monk meneó la cabeza con aire preocupado.

—Doc, no podremos hacer nada —protestó—. Treinta y cuatro bandidos están al servicio de ese Lucky Napoleón.

—Uno de ellos puede ayudarnos —indicó Doc Savage.

—No te entiendo —confesó Monk.

—Me refiero —continuó el hombre de bronce,— al individuo que se te parece.

El peludo químico crispó los puños y gruñó:

—¡Espera a que le ponga las manos encima! ¡Ese bandido quiere hacerse pasar por conde de Mayfair, Doc! No sé qué relación tiene con Lucky Napoleón, pero cuanto le eche la vista encima... habrá fuegos artificiales...

Doc Savage preguntó:

—¿No se te ha ocurrido que ese individuo puede estar trabajando para Lucky Napoleón?

Monk dio un respingo.

—¡Cómo! —exclamó, iracundo.

—Es posible —añadió el hombre de bronce,— que trabaje con Lucky Napoleón. Aunque no veo el objetivo.

Monk estaba intrigado.

Cuando volvieron al aeroplano, la voz tonante de Renny salía por el altavoz.

Doc cogió inmediatamente el micrófono que formaba parte del aparato de onda corta.

—¿Renny? —preguntó el hombre de bronce.

La voz del ingeniero retumbó.

—¡Por la vaca sagrada, Doc! —gritó Renny—. ¡Te estamos llamando desde hace un par de horas! Hemos estado buscando esa maldita isla, pero debe haber algún error de situación. Localizamos el lugar hace varias noches, pero estaba desierta. Nosotros...

—¿Cuál era la situación? —preguntó Doc.

Renny se lo dijo. ¡Era la situación exacta de la Isla de la Muerte!

Doc verificó con Renny la longitud y la latitud, y descubrieron que habían cometido un error de cálculo. Dio rápidamente la longitud y la latitud.

El hombre de bronce preguntó:

—¿Ham y Long Tom están contigo?

Renny contestó afirmativamente y añadió:

—Y también Annabelle Nickerson, la hermana del administrador

de la finca.

Doc habló de Lucky Napoleón. Explicó la situación de los prisioneros que se hallaban en la Isla de la Muerte; luego esbozó un plan que había forjado.

Hizo repetir a Renny la situación de la isla y luego le dijo:

—Dirígete a la punta Sur de la isla. A un punto cercano, a...

Interrumpióse bruscamente, y llamó:

—¡Aló! ¡Aló, Renny!

No hubo respuesta.

Manipuló los mandos sintonizando: no oyó nada.

Monk comentó:

—¡Otra vez esas manchas solares! Perturban la recepción.

Doc Savage estaba pensativo.

—No sé si son las manchas solares —musitó.

—¿Eh? —exclamó el químico.

El hombre de bronce permaneció silencioso. No dio ninguna explicación.

Además, seguidamente se produjo otra clase de interferencia. La puerta de la cabina se abrió detrás de ellos. Mientras Monk y Doc Savage hablaban a Renny y a Ham, varios hombres habían subido sigilosamente al aeroplano.

¡Los pistoleros de la banda de Lucky Napoleón, y les acompañaba el individuo que se parecía al velludo químico!

La batalla que se libró fue memorable.

Monk, lanzando un espeluznante aullido, arremetió a los bandidos: En medio de éstos, hallábase el simiesco individuo que tanto se le parecía.

Hasta vestía como el químico.

Monk había oído hablar de este sujeto que fue visto en la finca de Mayfair, y creía que era un impostor.

En consecuencia, acometió primero a su doble.

Varios atacantes saltaron a la espalda de Monk, quien se los sacudió como el pato al agua. Crujieron los puños. Varias cabezas chocaron con las paredes metálicas de la cabina. Se oían juramentos e imprecaciones.

El hombre de bronce se las había con media docena de atacantes.

Los animalejos, "Habeas" y "Química", se refugiaron en la

carlinga.

Los hombres caían y volvían a levantarse, para caer de nuevo. Pero llegaban otros, como una avalancha.

Era natural que la furiosa batalla terminase tarde o temprano afuera, donde había más espacio. Los hombres caían en el agua, que les llegaba hasta la cintura y donde el aeroplano estaba anclado.

Monk, lanzando gritos de júbilo, seguía hundiendo cabezas y golpeando caras cuando volvían a emerger a la superficie.

Estaba en forma, pues desde hacia unos días no había peleado a su gusto.

En la oscuridad reinaba tremenda confusión. Los bandidos agarraban o acometían equivocadamente a sus compinches.

Doc Savage asió al peludo Monk, y sucedió una cosa extraña.

Parecía que el hombre de bronce emitía unos sonidos raros.

Pero Monk se puso tenso.

Pues el gigante de bronce hablaba en la antigua lengua maya, lengua muerta, que Doc Savage y sus ayudantes usaban cuando querían hablarse sin que nadie les comprendiera.

Los atacantes creyeron que el grito lanzado por Doc Savage era motivado por un golpe que había recibido. Ignoraban que había transmitido un mensaje a Monk.

La batalla continuó en dirección a la rocosa costa. Se extendió a un trozo de playa.

De repente se encendió una bengala y su resplandor iluminó el campo de batalla. Alguien lanzó un grito:

—¡Un momento!

Los bandidos miraron a su alrededor.

Doc Savage y el peludo Monk habían desaparecido.

El que se parecía a Monk exclamó: —¡Esos pájaros han escapado!

Después de buscar por la playa durante una hora, los bandidos concluyeron que Monk y Doc Savage se habían esfumado en el aire. Volvieron al cuartel general de Lucky Napoleón.

Cosa extraña, el siniestro Lucky no pareció enojarse grandemente por la noticia de la fuga de Monk y Doc Savage. Se pavoneó, ufano, delante de sus secuaces, pues lucía un uniforme nuevo.

—Tenemos algo que les obligará a regresar —anunció al fin.

Lou se hallaba en el grupo.

—El resto de los ayudantes de Doc Savage, y la muchacha, han aterrizado en la Isla de la Muerte —anunció Lucky Napoleón—. Waldo tendió la trampa y han sido capturados.

Uno del grupo de oyentes se puso tenso. Hizo un esfuerzo para contener su rabia.

Era el sujeto de aspecto simiesco que se parecía a Monk. ¡En realidad, era Monk!

Doc Savage había efectuado el cambio. El doble de Monk era el que "escapó" con el gigante de bronce.

CAPÍTULO XV

LA PRISIÓN EN LA CAVERNA

UN hecho explicaba la captura de Renny, Long Tom, Ham y Annabelle Nickerson.

Renny había escuchado a Doc Savage cuando éste describía un determinado lugar de la Isla de la Muerte. El hombre de bronce había empezado a dar instrucciones al ingeniero para que se dirigiera a dicho punto.

En ese momento, la recepción radiofónica sufrió una interferencia.

Doc no tenía el propósito de que sus ayudantes aterrizasen inmediatamente.

Quiso advertidles que Lucky Napoleón y sus secuaces eran unos peligrosos bandidos.

Quería indicarles que aterrizasen en determinado momento.

Pero al cortarse la emisión y no poder oír las palabras de Doc, Renny lo interpretó erróneamente.

En consecuencia, se dirigieron al extremo Sudeste de la isla; así vieron al hombre que estaba en un bote frente a la costa.

El hombre parecía encontrarse en dificultades. Cuando el aparato que pilotaba Renny rozó las aguas, fue Long Tom, el mago de la electricidad, quien exclamó:

—¡Ese hombre no tiene remos! ¡Nos hace señas!

De repente Annabelle Nickerson asió el brazo del abogado. La muchacha tenía los ojos dilatados de horror.

—¡Mire! —gritó.— ¡Es... mi hermano! ¡Es Charlie!

El aeroplano de Renny se deslizó sobre las aguas. Todos miraban al hombre del bote y vieron que la muchacha no se había equivocado.

El hombre del bote era Charlie Nickerson.

EL canadiense seguía agitando frenéticamente una mano.

Renny trazó un círculo y, finalmente, paró los motores. El botecillo donde se hallaba Charlie Nickerson, quedaba a corta distancia.

El aparato de Renny se deslizó lentamente en dirección al bote.

Tenían que aproximarse con cautela porque se hallaban cerca de la costa; un error de cálculo podía lanzarlos contra las rocas.

Ham estaba en la cabina con la muchacha y Long Tom. Fue él quien vió que los pequeños y veloces kayaks despegaban de la costa.

Entonces exclamó:

—¡Esquimales! ¡Salen a ayudar a su hermano! Por tanto, nada tiene que temer.

Oprimió afectuosamente el brazo de la joven.

Annabelle Nickerson le dirigió una sonrisa de agradecimiento. El abogado había llegado a conocer íntimamente a la muchacha durante los últimos días y admiraba su valor. Probablemente ella había dormido menos que ellos.

Sin embargo, no parecía estar cansada.

Long Tom comentó:

—Doc no nos habló de los esquimales.

El mago de la electricidad era muy desconfiado.

Ham terció:

—¡Doc no tuvo tiempo de decirnos gran cosa antes de que su radio dejara de funcionar!

—¡No me gusta ni pizca! —rezongó Long Tom.

En ese momento Renny entró en la cabina y dijo:

—Vamos —mirando a la joven, añadió:— Su hermano está armando un jaleo de mil demonios. Vayamos a ayudarle.

Empezaron a salir a las alas metálicas del aeroplano.

Charlie Nickerson estaba ya cerca, como también los hombres de piel morena que se aproximaban en los rápidos kayaks.

Prácticamente rodearon el bote de Charlie Nickerson. Y también el aeroplano; al parecer, por pura curiosidad, se acercaban a investigar.

Charlie Nickerson gritaba algo a Renny y los otros, pero el griterío de los hombres de los kayaks ahogaba su voz.

De súbito, Ham y sus amigos comprendieron lo que ocurría. Los kayaks estaban ya lo bastante cerca para distinguir las caras de los hombres, y vieron que no eran esquimales, pues las facciones morenas habían sido pintadas, para disfrazarse.

Por vez primera comprendieron que Charlie Nickerson quiso avisarles.

¡El canadiense quiso decirles que se alejasen!

Finalmente su voz se elevó por encima del griterío de los hombres de los kayaks.

—¡Cuidado! —gritó Charlie Nickerson—. ¡Es una trampa!

El aviso llegó tarde.

Los asaltantes se encaramaron a las alas metálicas del aeroplano. Tres hombres acometieron al gigante Renny. Otros agarraron a Long Tom, a Ham y a la muchacha.

Los puños de Renny tiraron a un hombre al agua; seguramente le rompió una mandíbula.

Tiró al mar a otro bandido, asestándole un formidable puñetazo.

Pero la superioridad numérica de los asaltantes obligó al ingeniero a batirse lentamente en retirada hacia la cabina del aeroplano.

Un atacante se introdujo en la carlinga y reapareció un momento después con una pesada llave inglesa. Antes de que el ingeniero pudiera advertirlo, dióle un tremendo porrazo en la cabeza. Renny se desplomó.

Ham y Long Tom se agarraban frenéticamente al ala del aeroplano mientras luchaban para rechazar a la horda de atacantes.

La muchacha pisoteaba los dedos de los bandidos, o les agarraba del pelo, tirando para separarlos de los ayudantes de Doc Savage.

Finalmente, la superioridad numérica arrolló a Ham, a Long Tom y a la muchacha. También habían apresado a Charlie Nickerson.

Era evidente que lo habían puesto en el bote a la deriva para atraer al aeroplano de Doc Savage.

Y los asaltantes recibieron más ayuda de la costa. Una gasolinera se dirigió al aeroplano: llevaba media docena de bandidos.

Un cuarto de hora más tarde, los ayudantes de Doc Savage, la muchacha y Charlie Nickerson, yacían, atados, en el fondo de la lancha motor.

AL llegar a la isla fueron llevados a una de las varias chozas de inocente aspecto, que había en la costa.

Charlie Nickerson dijo a los otros: —No se asusten por lo que vean.

Refirióse a los extraños laboratorios, a través de los cuales les conducían.

Long Tom reconoció diversos aparatos eléctricos.

Llegaron al extremo de la sala de una Caverna llena de mesas de trabajo, sobre las cuales había numerosos tarros de vidrio, retortas y tubos de ensayo.

Muchos hombres, de ojos hundidos, y rostros cansados, trabajaban en los diversos bancos, con una pierna encadenada a una estaca que había hincada en el suelo.

Miraron a los nuevos prisioneros cuando éstos entraban.

Los aprehensores se detuvieron delante de una pesada puerta de acero, situada al otro lado de una mesa. Dieron una señal cuando el jefe del grupo de bandidos llamó a la puerta.

Este era un hombretón que tenía una larga cicatriz producida por un corte de navaja de afeitar, en una mejilla.

Era el individuo llamado Waldo.

La puerta se abrió. En el interior de la sala había otros individuos de faz patibularia, que sonrieron torvamente al entrar los prisioneros.

Dos hombres hablaban en aquella habitación: uno era Lucky Napoleón, el super criminal.

El individuo de baja estatura y robusto que le acompañaba, era feísimo. Las partes visibles de su cuerpo estaban cubiertas por un pelo que tenía el color de los clavos oxidados.

Ham se le quedé mirando y gritó: —¡Monk¡

El feísimo individuo dirigió una mirada glacial al abogado y exclamó con aire despectivo:

—¡Por Júpiter! ¿Otros ayudantes de Doc Savage?

Lucky Napoleón esbozó una sonrisa irónica.

Ham estuvo a punto de ahogarse de rabia. Seguía atado, pero los bandidos le habían puesto en pie y le sostenían.

El abogado gritó:

—¿Qué dices, orangután del diablo? ¿Desde cuánto te has hecho amigo de los bandidos?

El peludo individuo continuó mirando con fijeza a Ham. Volvióse hacia Lucky Napoleón y, encogiéndose de hombros comentó:

—¿Quién es este individuo antipático, Lucky?

El super criminal no pareció oír la pregunta. Había avanzado unos pasos y, mirando al atildado Ham, ordenó:

—¡Desatadle!

Liberaron a Ham. Le rodeaban tantos hombres que intentar huir hubiera sido un acto suicida.

Lucky Napoleón siguió mirando fijamente a Ham y le preguntó:

—Parece estar muy seguro de la identidad de este sujeto, ¿no es verdad?

Ham estaba tan furioso que no pudo contenerse y resopló:

—¡Sí! ¡Y puedo demostrarlo! Tiene una cicatriz de bala en el hombro…

De repente se interrumpió al ver la expresión de triunfo que había aparecido en los ojos fríos de Lucky Napoleón.

Este hizo una seña a varios de sus secuaces y con voz imperiosa ordenó:

—¡Comprobadlo!

Al instante, varias manos hicieron presa en el feísimo individuo. De un tirón le rompieron la camisa. La cicatriz, lo bastante grande, aparecía muy visible en el hombro derecho. Era fácil ver que era una herida de bala.

Los ojos de Lucky Napoleón centelleaban.

—¿Conque sí? —gruñó.

Monk profirió un aullido de rabia mientras dirigía una mirada asesina a Ham.

—¡Pedazo de cretino! —rugió—. ¡Y yo había engañado ya a este sujeto!

Media docena de bandidos derribaron al peludo químico. Fue, también, hecho prisionero.

Reinó un silencio en aquella habitación subterránea.

En alguna parte de la caverna sonaba un continuo zumbido como el de una dínamo. Pero provenía de una habitación exterior. Poco antes habían cerrado la pesada puerta de acero.

Por el momento, no había en la caverna nadie más que los prisioneros, yacentes en el suelo y atados de pies y manos.

Renny no había hablado; sus compañeros sabían que no había recobrado el conocimiento.

Pero finalmente el gigante ingeniero movióse, gimió y, al cabo de unos momentos, llamó:

—¿Ham?

—¿Qué? —contestó el abogado.

—¿Qué le sucedió a Long Tom?

—Se lo llevaron a algún sitio —explicó Ham.

—¡Por la vaca sagrada! —exclamó Renny—. ¿Por qué?

—Lo ignoro.

Charlie Nickerson, que yacía en otra parte de la caverna sumida en la oscuridad, habló:

—Se me ocurre una idea —dijo.

—¡Charlie! —exclamó Annabelle Nickerson—. ¿Estás bien?

Charlie Nickerson, el canadiense, suspiró.

—Estoy bien —dijo—. Algo magullado, pero eso es todo.

—Dinos… —exclamó la muchacha, asustada—. ¿Qué ocurrió, Charlie?

—¿Recuerdas que yo había encontrado el rastro de Monk? —preguntó Charlie Nickerson.

Ham terció:

—AL principio creía que usted trabajaba con esos bandidos.

Nickerson gruñó.

—No lo extraño —repuso—. Pero cuando tendieron la trampa a usted y a Long Tom, en la factoría de conservas de pescado, me capturaron. Me trajeron con Monk, pero me han tenido prisionero en un lugar separado. Por el momento, no me necesitaban; querían apresar a los ayudantes de Doc Savage.

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—Lo ignoro. Se trata de algo de mucha envergadura. Ya tienen numerosos prisioneros, a quienes se les obliga a trabajar. Los someten al suplicio del hambre… hasta que han de trabajar o mueren. Pero este Lucky Napoleón necesita algo. Él creía que Monk podría ayudarle, o lo usó para atraer a Doc Savage…

Oyéronse gemidos y rechinar de dientes en la oscura habitación. Uno de los prisioneros se movió.

De pronto el belicoso químico aulló:

—¿Dónde están? ¿Dónde están esos vagabundos? ¡Voy a romper

unas cuantas cabezas!

Ham aconsejó:

—¡Calma, orangután! Tu temperamento camorrista tiene que esperar un rato.

Monk debió descubrir en ese momento que estaba atado, reducido a la impotencia, y comenzó a lanzar maldiciones, hasta que Ham le dijo vivamente:

—¡Idiota, hay una dama presente! ¡Calla!

Monk contuvo el aliento. Luego, sorprendentemente, habló en tono sumiso y casi educado:

—Perdone, Annabelle. No sabia que estaba aquí. He oído decir que es usted una joven encantadora. ¿Me permite que me presente? Soy el conde Mayfair y…

Ham terció:

—¡Escuchad lo que dice ese engendro de la Naturaleza! ¡No le haga caso, Annabelle! Ni siquiera le conoce a usted. Además, es el padre desnaturalizado de trece hijos idiotas…

Monk lanzó un aullido. La acusación falsa, desde luego, era la misma que Monk solía hacer al abogado cuando quería desacreditarle en presencia de una muchacha atractiva.

—¡No le crea, Annabelle! —protestó—. Todavía soy casadero.

Annabelle Nickerson se echó a reír.

—Monk es encantador —declaró.

Ham gimió. Cosa extraña, a pesar de su increíble fealdad, Monk Mayfair resultaba simpático a las ancianas y a las jóvenes. Con gran disgusto de Ham, que no acertaba a comprender qué atractivo ofrecía el simiesco químico a las mujeres.

Monk, recordando, de repente, que su compañero le había delatado involuntariamente a Lucky Napoleón, lanzó un rugido.

—¡Escucha, picapleitos fullero! —estalló—. ¿Cómo se te ocurrió la brillante idea de decirle a Lucky Napoleón que yo no era, el orangután por quien me tomaba?

—Confiesas que eres un… —replicó Ham.

Retumbó el vozarrón de Renny poniendo fin a la discusión. El ingeniero preguntó:

—¿Qué hace ese otro sujeto con Doc? ¿Dónde están?

Monk se olvidó, por el momento, de Ham. Relató la pelea que libraron a alguna distancia de la isla.

—Doc, los engañó —explicó el velludo químico—. Me cambió por el sujeto que se me parece y escapó con él. Esto me permitió llegar aquí con Lucky Napoleón, con el propósito de tender una trampa para que Doc pudiera apoderarse de este lugar.

Profirió una maldición y siguió hablando.

—¡Pero este maldito Ham ha estropeado el plan!

Renny seguía preocupado.

—Al parecer —exclamó,— ese individuo que está con Doc es uno de los secuaces de Lucky Napoleón. ¿Cómo eso le puede ayudar a apoderarse de este cuartel general de bandidos?

Nadie pudo contestar satisfactoriamente a esta pregunta.

CAPÍTULO XVI

VIGILIA SIN ESPERANZA

DOC Savage decía:

—¿De modo que ingresó en la banda de Lucky Napoleón para averiguar qué plan se traía entre manos?

El hombre que le acompañaba asintió.

Era el individuo que tanto se parecía a Monk Mayfair, al doble que había sido cambiado por Monk cuando el gigante de bronce escapó de la batalla del aeroplano.

Doc y el hombre estaban escondidos no lejos de la costa, en un punto desde donde podían vigilar el aeroplano del hombre de bronce. La mayor parte de los secuaces de Lucky Napoleón se habían marchado, evidentemente de regreso al cuartel general. Pero tres bandidos quedaron guardando el hidro.

—Verá —continuó el compañero del hombre de bronce—. Conocí a Lucky Napoleón en Europa. Yo había recorrido mucho mundo, pues me gusta la vida aventurera. Yo estaba dispuesto a asociarme con Lucky Napoleón en algún negocio, cuando supe que era un individuo peligroso. Entonces evité formar sociedad con él.

—¿Y usted es el conde Chester? —preguntó Doc.

El compañero de Doc asintió.

—Ya le he explicado algunos detalles —dijo—. Desde luego, no puedo demostrar el resto hasta que volvamos al Canadá. Pero preguntando a mis abogados de Londres y Montreal, lo puede usted comprobar. A mi juicio, ocurrió lo siguiente:

"Lucky Napoleón sabia que yo regresaba de América del Sur para posesionarme de la herencia de Mayfair. No hacía mucho que le había visto en el Brasil. AL mismo tiempo, él debió haber trazado ya el plan para realizar esta otra empresa, estos experimentos

misteriosos que está llevando a cabo en la Isla de la Muerte. Pero se halló ante un difícil problema: no encontró en el mundo del hampa la clase de ayuda que necesitaba.

—¿Se refiere a los prisioneros que tiene en los laboratorios? —inquirió Doc Savage.

—Exacto. Los prisioneros son químicos, ingenieros, científicos. Fueron secuestrados para traerlos aquí. Sin embargo, Lucky Napoleón no había encontrado el cerebro genial que buscaba. Está realizando un experimento gigantesco y necesita expertos en diferentes técnicas para perfeccionar su objetivo.

—Esto explica —dijo Doc Savage,— el secuestro de Monk.

—Sí, en un sentido —confesó el conde—. Lucky pensaba que Monk era un mago de la electricidad en vez de un químico. Cometió ese error, aunque fuese secundario. EL verdadero motivo del secuestro de Monk fue atraer a todos los miembros de su organización, para capturar también a usted.

Doc estaba pensativo. De vez en cuando miraba en dirección al aeroplano, que podía ver desde su escondite, y vigilaba, alerta, por si se producía allí alguna actividad.

Al cabo de un rato dijo:

—El plan de atraer a Monk a un lugar solitario del Canadá fue hábil. Cuando fracasó el intento de secuestrarme, calcularon sería mejor atrapar a Monk, y de ese modo atraer al resto de nuestra organización.

—Así es —asintió el conde.

Tras breve pausa, prosiguió: —Lucky Napoleón había oído hablar de ustedes. Debió descubrir que Monk era mi doble. Entonces se le ocurrió el plan de la herencia. Naturalmente, les costó bastante dinero para lanzarla, pero varios miles de dólares no son nada para Lucky Napoleón, cuando el asunto que lleva entre manos es cosa de millones.

—¿Quiere decir que sobornaron a algunas personas? —preguntó Doc.

El conde asintió.

—Por ejemplo, a una firma de Inglaterra, la cual mandó la necesaria documentación falsa y dinero a otra de Nueva York. Naturalmente, los abogados de Nueva York no sospecharon nada: actuaron simplemente como agentes de la firma inglesa.

El hombre de bronce quiso saber una cosa y preguntó:

—¿Cómo es que Lucky Napoleón engañó a usted?

El conde esbozó una sonrisa.

—Al principio, no me engañó —repuso—. Pero yo había oído hablar de un impostor que iba a llegar a la finca Mayfair. Naturalmente, me enfurecí. Soy realmente canadiense, y los canadienses somos gente honrada.

—He visto ejemplos —sonrió Doc.

—Pues bien —continuó el conde,— tomé a mi servicio a varios hombres con el propósito de ahuyentar al impostor. Fue entonces cuando me encontré con los secuaces de Lucky Napoleón y descubrí que él buscaba al mismo sujeto, a Monk. Y fingió querer ayudarme. ¡Imagínese!

—El hombre es muy astuto —comentó Doc Savage.

—En efecto. Pero cuando el viejo Sandy, guardián de la finca, fue asesinado, me propuse descubrir al autor del crimen. Me pareció misterioso el asesinato. Verá: Sandy me conocía, pues en una ocasión, de regreso de visita al Canadá, nos vimos. Esto fue antes de que heredara la finca Mayfair. Y Charlie Nickerson sabía algo de esa visita. Charlie sospechó algo cuando Monk se presentó con los documentos que le acreditaban como propietario de las posesiones. Pero Charlie empezó a investigar este otro misterio.

Doc Savage siguió vigilando el hidroplano mientras escuchaba el relato de su compañero. Formulaba de vez en cuando un sagaz comentario.

—Ese asesinato cometido en la finca —declaró Doc—, y esas notas de aviso amenazadoras eran un señuelo, que darían un aire fantástico a la desaparición de Monk. Y su desaparición sería motivo de confusión.

El conde asintió.

—Era un plan diabólico, trazado por el cerebro morboso de Lucky Napoleón.

De súbito, oyóse, procedente del hidroplano, rumor de voces y un gran tumulto.

El hombre de bronce se puso tenso. Incorporóse y escudriñó la playa que se extendía a sus pies. El aeroplano estaba posado sobre las arenas.

El tumulto continuaba, y de pronto se oyó estridente el chillido

de "Habeas', el cerdito, que se hallaba a bordo del aparato.

Mientras Doc y su compañero observaban, vieron que tres hombres salían de la cabina del aeroplano.

Al parecer, habían renunciado a esperar el regreso de Doc Savage y volvían al cuartel general. Se llevaban a los asustados animalejos.

Sin embargo, "Habeas" les dio una sorpresa.

De pronto uno de sus aprehensores dio un salto al tiempo que lanzaba un alarido de dolor. EL cerdito se zafó de la presa del individuo, y, echando a correr por el ala del aeroplano, saltó a tierra, desapareciendo como una exhalación por la playa.

¡Dirigióse velozmente hacia el escondite dónde Doc Savage y el otro hombre estaban ocultos!

Doc Savage dijo:

—¡"Habeas" nos ha olido y nos ha descubierto!

Tres guardianes corpulentos emprendieron la persecución del fugitivo "Habeas". Y dirigíanse hacia el lugar donde los dos hombres estaban escondidos.

Cosa extraña, el conde parecía alegrarse. En su feísimo rostro se dibujó una sonrisa.

Dijo lacónicamente:

—Esto me gusta. He estado esperando poder zurrar la badana a algunos de estos bandidos.

El y Doc Savage salieron del escondrijo.

Los tres sujetos que perseguían al cerdito trataron de parar en seco y patinaron. Echaron mano a sus armas, pero unos segundos demasiado tarde.

Doc Savage golpeó al primero, y el hombre siguió corriendo unos tres metros hasta caer de bruces. Doc apresó a otro.

El conde no era manco. Asestó un fuerte golpe al tercer guardián, derribándole. Luego le levantó y empezó a golpearle la cara.

Momentos después, los tres guardianes yacían en el suelo, inconscientes.

—¡Ojalá hubiese algunos más! —manifestó el conde.

—El jaleo ha comenzado ahora —dijo el hombre de bronce—. Tenemos que rescatar a los otros.

—Cuanto antes, mejor —declaró el conde.

Llevaban, arrastrándoles, a los cautivos hacia el hidroplano.

—¿Cree usted que sus ayudantes han sido capturados? —preguntó el conde.

—No cabe duda —repuso Doc Savage.

Explicó que, cuando hablaba con Renny por la radio de onda corta, la conversación terminó bruscamente al producirse una interferencia.

—Yo acababa de dar instrucciones a Renny referente al lugar donde debía aterrizar cerca del cuartel general de Lucky Napoleón —replicó Doc—. Pero se produjo la interferencia antes de que pudiera oír a qué hora debía aterrizar. Creo que Lucky Napoleón está enterado de la conversación que sostuvimos Renny y yo.

Subieron a los cautivos a bordo y los ataron.

"Habeas", radiante de júbilo, había subido detrás del hombre de bronce.

"Química", el chimpancé, se hallaba a bordo. También estaba excitado.

Doc Savage dijo:

—Para comprobación, vamos a tratar de nuevo ponernos en contacto con el aeroplano de Renny.

Entraron en la carlinga. Doc Savage alargó la mano hacia el aparato de radio. Giró un botón.

Se oyó una ligera explosión. Unos gases grises salieron del panel de control.

Doc gritó avisando:

—¡Cuidado! ¡Nos han tendido una trampa con una de nuestras bombas anestésicas!

El aviso fue tardío.

Si Doc Savage hubiese podido contener el aliento en el primer momento, tal vez hubiera evitado el respirar los gases. Pero pensó en su amigo y ahora, demasiado tarde, ambos inhalaron los gases anestésicos.

Cayeron de bruces en los asientos.

CAPÍTULO XVII

EL INVENTO DIABÓLICO

EN la oscuridad de la caverna, Monk exclamó: —¡Hey, picapleitos!

Aunque a Ham no le gustaba contestar cuando le aplicaban dicho calificativo, respondió:

—¿Qué quieres, orangután?

Los dos ayudantes, la muchacha y su hermano Charlie Nickerson, y Renny seguían cautivos en la habitación de paredes rocosas.

Ninguno de los aprehensores había regresado con Long Tom. No se sabia qué estaban haciendo con el mago de la electricidad.

Al parecer, los cautivos se hallaban desde hacía horas en aquella oscuridad.

Todos, posiblemente pensando en la suerte que les esperaba, estaban silenciosos.

—¡Me he soltado las manos! —anunció Monk.

Inmediatamente Ham y los otros lanzaron exclamaciones de alegría.

Annabelle Nickerson exclamó, presa de excitación:

—¡Monk! ¡Querido!

Esto hizo que el peludo químico casi se rompiera las uñas al librarse precipitadamente de las cuerdas que le aprisionaban piernas y tobillos.

Al fin, incorporándose, comenzó a andar a tientas buscando a los compañeros.

Cayó encima de alguien. Ham gruñó iracundo.

—¡Pedazo de alcornoque! —exclamó—. ¡Date prisa y desátame!

Monk chilló.

—¡Vete al infierno, picapleitos! ¡Tú puedes esperar!

Localizó a los otros, primero a la muchacha, y los liberó.

El gigante Renny tenía una de sus antorchas eléctricas en un bolsillo. La encendió y pudieron ver.

Monk contempló, admirado, a la muchacha. En su simiesco rostro, que reflejaba las penalidades que había sufrido desde que cayera prisionero en la isla, se dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué divinidad! —exclamó en un arrebato—. ¿Es usted real, de carne y hueso, o es un ángel?

Ham comentó con acritud:

—El conde de Mayfair habla. ¡Se las quiere dar de Tenorio! No le hagan caso; está chiflado. ¡Ven, orangután, y desátame!

Monk recordó, de repente, que era un conde. Su rostro enrojeció de vergüenza al verse los harapientos pantalones bombachos que le colgaban de sus peludas piernas.

Su americana de deportista, color chocolate, parecía algo destinada a envolver trapos viejos.

Monk señaló con indiferencia y cierta elegancia sus ropas, sonrió a Annabelle Nickerson y manifestó:

—Señorita, está en su presencia un príncipe con ropas de mendigo. Pero, cuando regresemos a mi finca de Mayfair, me verá vestido como un verdadero noble de sangre azul.

Ham gimió:

—¡Está repitiendo, como una cotorra, lo que ha leído en el libro! ¡Jamás le volveré a comprar nada que pueda leer!

—¡Calla, picapleitos fullero!

—¡Vuelve a la jungla, orangután!… Vuelve…

—¡Si no fuera porque hay presente una señorita!…, un ángel —rugió Monk—, te haría picadillo…

—Cierra el pico, peludo…

Monk aulló de rabia y fue a lanzarse sobre su compañero. Los otros le contuvieron.

Renny había estado ayudando a Charlie Nickerson, el hermano de la muchacha. El canadiense se acercó presurosamente a su joven hermana y, abrazándola, le preguntó:

—¿Estás bien, Annabelle?

Ella le pellizcó un brazo.

—No te preocupes de mí —contestó sonriendo.

Parecía estar muy cansada y abatida.

Monk la animó:

—No se preocupe, Annabelle. La sacaremos de esta caverna. Y espere a verme ataviado como un príncipe. Le prometo hacerla feliz.

Ham terció con acritud.

—Siempre tendrá motivo de risa... Cuando te vea, no podrá contenerse... La divertirás...

Monk, chispeantes los ojos, revolvióse contra su atildado compañero, pero Renny impidió la inminente discusión.

—¿Es que no vais a callar, par de cretinos? —rugió—. Callaos. Me parece oír que alguien viene.

Reinó un silencio sepulcral. Quedáronse inmóviles cuando Renny, de un salto, se situó cerca de la puerta de acero de la habitación. Esta estaba cerrada desde el exterior, y, en consecuencia, los cautivos no podían salir.

Pero todos oían el rumor de pasos. Al parecer, los guardianes volvían para entrar en la caverna.

Monk se unió rápidamente a Renny, al mismo tiempo que, con sus manazas, hacia señas de que se lanzasen sobre los guardianes en cuanto la puerta se abriera.

Así lo hicieron, profirieron espantosos gritos, y durante unos momentos, se libró una lucha feroz en el umbral; para continuar en el interior de la caverna.

Monk gritó:

—¡Daos prisa! ¡Podemos escapar!

La caverna mucho mayor, adonde escaparon, era uno de los diversos laboratorios subterráneos.

Ham, Charlie Nickerson y la muchacha salieron corriendo detrás de Monk y de Renny. Dos guardianes yacían inconscientes junto a la puerta de acero.

Otro cancerbero corría en pos de ellos. El puño de Monk conectó con la mandíbula del sujeto, quien se desplomó rodando por el suelo. Otro guardián llegó, corriendo.

Renny, de un simple puñetazo, lo levantó en el aire. Monk lo cazó antes de caer y le dio tan fuerte golpe en la mandíbula que el eco se esparció por el laboratorio. El cancerbero se desplomó lanzando un gemido.

Aparecieron más guardianes en el fondo de la caverna. Monk

rugió entonces: —¡Atrapadlos!

Monk, Renny, Ham y Charlie Nickerson comenzaron a lanzar golpes a diestro y siniestro, haciendo retroceder a los enemigos.

Sonó un grito en el fondo.

—¡Alto! ¡No os mováis… o Doc Savage morirá!

Los ayudantes del hombre de bronce se detuvieron en su avance arrollador.

No se habían dado cuenta de que otros individuos habían entrado en la caverna detrás del primer grupo de los secuaces de Lucky Napoleón.

Eran los que llevaban al gigante de bronce y al individuo que se parecía al peludo químico. Los dos cautivos estaban inconscientes.

Lucky Napoleón, de rostro patibulario, marchaba delante del cuerpo inerte del gigante de bronce. Fue él quien ordenó con voz estentórea:

—¡Volved a la habitación de donde habéis escapado!

Monk y sus compañeros miraron, estupefactos, al siniestro bandido y comenzaron a retroceder lentamente hacia la prisión de donde salieran. Observaban atentamente a Lucky Napoleón.

El jefe de la banda exclamó jubiloso: —¡Estos perros no nos darán otro disgusto!

Apoyaba una pistola en la sien derecha de Doc Savage.

*****

La habitación era una unidad de una serie de cavernas. Un material aislante cubría las paredes. El suelo era da caucho.

El resto de la habitación estaba prácticamente atestado de aparatos que suelen encontrarse en una estación radioemisora. Había aparatos emisores, bobinas, cuadros de mandos altos, que la mano de un hombre no podía alcanzar.

Rodeados por media docena de los más peligrosos pistoleros de Lucky Napoleón, Doc Savage y Long Tom examinaban la colocación de los conductores eléctricos y la construcción de las complicadas unidades del sistema de radio.

Los pistoleros armados que vigilaban atentamente al gigante de bronce y a su ayudante no habían pronunciado ni una sola palabra.

Lucky Napoleón también estaba silencioso, pero observaba los movimientos de los dos cautivos.

Habían dado algunas explicaciones al hombre de bronce. Se le

dijo que su ayudante Long Tom había perfeccionado el transmisor especial que al parecer era lo que el jefe de la banda trataba de perfeccionar.

Los dedos hábiles de Doc Savage trabajaban rápidamente. Era difícil seguir sus movimientos cuando examinaba un laberinto de conductores eléctricos de uno de los cuadros de mandos.

Los pistoleros que le observaban creían ver todos los movimientos de las manos bronceadas de Doc Savage.

Se equivocaban.

Nadie vió el relampagueante movimiento que Doc Savage hizo en dirección a sus ropas.

Algo quedó preso en la palma de su mano.

El objeto, no mayor que una bolita de vidrio, no lo vió nadie.

El gigante de bronce parecía un prestidigitador, tan ágiles eran sus dedos. La diminuta bolita desapareció en el interior del aparato de radio.

Finalmente, Doc Savage volvióse, diciendo:

—Ahora se comprende por qué todo intento de comunicación quedó frustrado cuando estábamos en el hidroplano.

Lucky Napoleón sonrió torvamente.

—¿De manera que también lo ha comprobado? —preguntó.

Doc Savage asintió.

—Tiene usted aquí —dijo, indicando el laboratorio y los complicados instrumentos—, un ingenioso dispositivo que le permite radiar o captar, en una onda corta diferente a todo lo conocido, mensajes libres de toda interferencia.

Lucky Napoleón dijo:

—Exacto. Y supongo que usted comprende el resto del mecanismo.

Doc Savage volvió a asentir con la cabeza.

—Llamemos "trepador' a este dispositivo —dijo—. Produce una corriente estática que mata a todas las otras ondas que estén en el aire. Perturba, por completo, cualquier otra forma de radiocomunicación. En cierto modo, produce los mismos efectos que las manchas solares que recientemente provocaron trastornos en todas las estaciones en los Estados Unidos y en el extranjero.

Lucky Napoleón frotóse las manos de satisfacción.

—Debo confesar que es usted un genio, Doc Savage —dijo—. Yo

me imaginaba que tardaría varios días en descubrir eso. Supongo que también ha descubierto el defecto que tiene el dispositivo.

De nuevo el gigante de bronce movió la cabeza afirmativamente.

—EL "trepador" que perturba todas las comunicaciones por radio también afecta a sus propias emisiones. Tiene usted que corregir ese inconveniente, y luego...

Los ojos dorados de Doc centellearon.

Doc miró a Lucky Napoleón y le preguntó:

—¿Qué se propone con este dispositivo cuándo esté perfeccionado?

Lucky Napoleón se irguió marcialmente como un general que ha ganado una guerra. Sus facciones siniestras resultaban repulsivas.

—¡Cobrar un millón de dólares! —anunció—. El comprador está esperando.

Nombró un dictador europeo, cuyo país estaba ya en guerra en Europa.

—Con esta forma de transmisión por radio —dijo,— el país que lo posea será el único que podrá utilizar las ondas aéreas. Podrá comunicarse con sus ejércitos y marina y perturbar las comunicaciones de los países contra quienes lucha!

"Ejercerían un control mundial de las comunicaciones, cosa tan vital en la guerra. En tanto que los países enemigos quedarían aislados por completo del aire.

Doc Savage guardaba silencio. Sus facciones bronceadas eran una máscara enigmática.

Lucky Napoleón preguntó vivamente:

—¿Qué dice?

Todos los guardianes que se hallaban en la sala estaban tensos. Las pistolas encañonaban a Doc Savage y a Long Tom. El mago de la electricidad observaba al gigante de bronce.

—Puede perfeccionarse —anunció finalmente Doc Savage—. Los que han trabajado con este aparato han pasado por alto un cambio muy sencillo que puede hacerse en la colocación de los conductores eléctricos.

En el rostro de Lucky Napoleón se dibujó una expresión de triunfo.

—Perfectamente —dijo—. ¡Entonces usted lo arreglará!

—Con una condición —repuso el hombre de bronce,

tranquilamente—. El cambio puede hacerse en unos instantes pero…

—Pero… ¿qué? —gruñó el super criminal.

—¡Primero hay que liberar a todos los prisioneros! —terminó Doc Savage.

CAPÍTULO XVIII

LA PRUEBA DE LA MUERTE

LA furia que se apoderó de Lucky Napoleón tornó repulsivas sus facciones.

Pero finalmente tuvo que acceder a la petición de Doc Savage. Tal vez conocía la reputación de Doc Savage.

Podían matarle de hambre; someterle al tormento. Pero jamás hubieran podido utilizar su extraordinario cerebro.

Y los conocimientos de Doc Savage era lo que necesitaba el super criminal.

—Perfectamente —accedió Lucky Napoleón finalmente—. Todos serán puestos en libertad.

—¡Ahora! —dijo Doc.

Lucky Napoleón se encogió de hombros. Dio una orden a uno de los pistoleros que guardaban a Doc Savage y a Long Tom.

El sujeto salió. Doc sugirió que la pesada puerta de acero que conducía a la caverna más grande quedara abierta, para que, de ese modo, él pudiera ver que los prisioneros eran liberados.

Quitaron rápidamente las cadenas a los cautivos.

Doc dijo:

—Long Tom, desde luego vigilado, acompañará a sus hombres para comprobar que nuestros compañeros son puestos en libertad.

Lucky Napoleón dirigió una mirada asesina al gigante de bronce, pero sabía que le hablan dado jaque mate. Tuvo que acceder a la petición para obtener la colaboración de Doc Savage.

Long Tom, escoltado, fue conducido fuera de la habitación. Desde donde estaba, Doc Savage pudo ver que se dirigían a la caverna donde Monk, la muchacha y los otros estaban prisioneros.

Momentos después, se les conducía al exterior.

Trajeron a Long Tom. Doc le dirigió una mirada interrogante.

El mago de la electricidad asintió con la cabeza.

—Todos han sido puestos en libertad —confirmó—. Están en la playa.

Lucky Napoleón miró a uno de sus secuaces, que había regresado con Long Tom y le preguntó:

—¿Habéis guardado las entradas?

El pistolero movió afirmativamente la cabeza.

—Hemos informado a esos ayudantes de Doc Savage —dijo—, que si intentan entrar aquí, Doc Savage morirá.

El jefe de la banda sonrió. Volvióse al hombre de bronce.

—Ahora… —empezó, indicando los cuadros de mando.

Doc interrumpió:

—Necesitaremos toda la fuerza que se pueda producir. Habrá que aumentar la corriente. ¿Puede hacerse con las dínamos que tenga en su instalación?

Lucky Napoleón reflexionó.

—Creo que sí —respondió al fin.

Señaló con un dedo a Long Tom.

—Él sabe de eso más que mis hombres.

Él puede cuidarse de ello.

Llevaron de nuevo afuera a Long Tom, con instrucciones de que lo volvieran a traer a las cavernas subterráneas donde estaban instaladas las potentes dinamos.

Lucky Napoleón, Doc Savage y los guardianes esperaban silenciosamente.

Doc Savage había avanzado un paso y efectuó un cambio en ciertos conductores.

Poco después oyeron el creciente zumbido de la electricidad al pasar por los cuadros de control. En realidad, en todo el cuartel general subterráneo se oía el vibrante zumbido, que fue aumentando gradualmente.

Tal era la corriente en los circuitos eléctricos que hasta las luces se oscurecieron un poco en la sala de control de la radio.

¡Y de repente se extinguieron! Doc Savage se movió con increíble rapidez, en dirección a la abierta puerta.

En la densa oscuridad, Lucky Napoleón gritó:

—¡Cerrad esa puerta! ¡No dejéis salir a Doc Savage!

La pesada puerta de acero cerróse con violencia.

Pero al amparo de la oscuridad, Doc Savage había franqueado ya el umbral, penetrando en la habitación contigua del laboratorio mayor.

Tal vez nadie advirtió que, gracias a su rapidez, había ya salido de la primera habitación. Creían que seguía prisionero allí.

Se oyó una fuerte explosión. El estruendo provenía de la sala de control de radio.

Pero la conmoción, su tremenda fuerza, fue percibida hasta en la habitación exterior.

Aparatos y accesorios saltaron en el aire y se esparcieron por el suelo.

Frascos llenos de productos químicos y ácidos quedaron hecho añicos.

Los guardianes, que habían estado esperando afuera, lanzaron gritos de terror y echaron a correr hacia la playa.

De la sala de control de radio, parcialmente ahogados por la puerta de acero que estaba cerrada, salían gritos de hombres que agonizaban.

¡Lucky Napoleón se había encerrado en aquella habitación donde de súbito reinara la muerte!

Como Monk dijera más tarde:

—Cuando esos malditos guardianes salieron huyendo del laboratorio, sólo podíamos hacer una cosa. Perseguirlos. ¡Los bandidos estaban tan asustados que sólo tuvimos tiempo de recoger las pistolas que tiraban al suelo!

Los gangsters que se hallaban fuera de la sala de radio fueron capturados por los ayudantes de Doc Savage.

El primer grupo de prisioneros estaba ya a bordo de uno de los aeroplanos de Doc.

Serían transportados al "Sanatorio" del gigante de bronce, sito en la parte Norte del estado de Nueva York, donde Doc Savage los sometería a una operación del cerebro.

Transcurrido un tiempo, borrado todo conocimiento de su pasado, serían devueltos al seno de la sociedad, donde se dedicarían a trabajos útiles.

No se hicieron prisioneros en la sala de radio.

Doc Savage no permitió entrar en ella a nadie más que a sus

ayudantes.

Todos cuantos se hallaban allí estaban muertos.

Doc Savage explicó:

—El diminuto recipiente del explosivo fue colocado donde explotaría cuando las luces se extinguiesen. Estaba junto a la mecha que se apagó.

Long Tom miró a Doc Savage.

—Te vi colocar ese explosivo —dijo—. Y cuando dijiste a Lucky Napoleón que necesitábamos más fuerza, comprendí lo que te proponías. Querías suficiente corriente en las líneas para que las luces se extinguiesen; apagando así la mecha para que se produjera la explosión.

En las ruinas de la sala encontraron a Lucky Napoleón. Una de las manos del super criminal estaba cerrada y Doc se la abrió.

La mano tenía una moneda, un lado de la cual descansaba sobre la palma. El lado visible era "¡cruz!"

Llevar a los prisioneros de vuelta al Canadá o a los Estados Unidos significaba que debían hacerse varios viajes con los aeroplanos.

Y también que Monk y Ham tenían más tiempo para ver a la preciosa Annabelle.

Cada vez que se empezaba un nuevo viaje, se armaba una tremenda discusión para ver quien acompañaba a la joven en su aeroplano, pues Annabelle, que sabía, pilotar, había ofrecido ayudarles.

Era la mañana del último viaje de la Isla de la Muerte, y se libró una pelea entre los dos peleones ayudantes: el motivo de la escaramuza era quién iba a acompañar por última vez a Annabelle Nickerson.

Fue el verdadero conde de Mayfair, el doble de Monk, quien resolvió el problema.

—Me permito hacerles una sugerencia. ¿Por qué no van todos ustedes a Mayfair? Sean mis huéspedes durante unas semanas. Es una lástima que, de lo contrario, la finca esté desocupada.

Charlie Nickerson y Doc Savage estaban con el conde.

Nickerson miró a su hermana Annabelle, y, sonriendo, comentó:

—Será mejor que los convenzas, Annabelle. De lo contrario, habrá una muerte o dos en este viaje de regreso.

Monk miró con fijeza al conde.

—¿No va a posesionarse de Mayfair? —quiso saber.

El conde se encogió de hombros.

—Tal vez más adelante —contestó—. Francamente, no me gusta vivir allí. Me gusta la vida de trotamundos. Desde luego, yo no quería que me robasen la finca.

Sonrió el peludo Monk, añadiendo:

—Por este motivo buscaba yo a usted... al principio.

Mirando a Doc Savage, agregó:

—Además, tengo que hacer algo antes de regresar a Mayfair. Creo que no hago mal en decírselo, Doc.

Todos miraron al hombre de bronce.

Doc dijo:

—El conde es también un agente del Servicio Secreto Británico. Esta isla, debido a su situación geográfica, podría convertirse en una base ideal para el dictador que iba a comprar el invento a Lucky Napoleón. La isla, si una potencia extranjera la utilizara, afectaría gravemente al Canadá. Como base aérea para una potencia extranjera, amenazaría la seguridad del Canadá y de los Estados.

Doc miró al conde y añadió:

—En consecuencia, el conde tiene que presentar ciertos informes en Inglaterra.

Más tarde, en el último viaje de regreso al Canadá, Monk tiró al aire una moneda para ver quién acompañaba a la joven.

Monk sacó "cara" y ganó.

Pero su atildado compañero comentó significativamente:

—Lucky Napoleón solía sacar "cara" siempre. Pero llegó un día...

Monk comprendió y se puso nervioso y preocupado.

A Ham le tocó cuidarse de cargar el equipo y también a los dos animalejos, que habían sido encontrados escondidos en la playa.

Oyó que Monk fanfarroneaba hablando de un final de semana que en una ocasión pasaron en una finca de Long Island. Hablaba a Annabelle.

—¿Era un lugar de moda? —preguntó la joven.

Monk respondió: —¡Ya lo creo! Y..

—Allí tiene Monk la familia —interrumpió Ham—. ¡La mujer y tres chimpancés!

FIN

Título original: *Bequest of Evil*